CHISPAS SOBRE HIELO



NEREA MORTE

CHISPAS SOBRE HIELO

NEREA MORTE

Copyright © 2025 Nerea Morte
Todos los derechos reservados.
Safe creative: 2506082025408

Todos los derechos reservados. Ninguna sección de este material puede ser reproducida en ninguna forma ni por ningún medio sin la autorización expresa de su autora. Esto incluye, pero no se limita a reimpresiones, extractos, fotocopias, grabación, o cualquier otro medio de reproducción, incluidos medios electrónicos.
Todos los personajes, situaciones entre ellos y sucesos aparecidos en el libro son totalmente ficticios. Cualquier parecido con personas, vivas o muertas o sucesos es pura coincidencia.

Instagram: @nereamorte_libros

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Epílogo

Capítulo 1

Emma Matthews inspecciona el hielo de la pista con mirada crítica. Su cola de caballo rubia se balancea mientras camina por el borde con el cronómetro en mano. Las jugadoras de la Universidad Coastal Massachusetts realizan ejercicios de calentamiento mientras sus patines cortan el hielo en movimientos precisos. Emma consulta su reloj: las 16:58. Exactamente dos minutos para comenzar el entrenamiento oficial.

—A las líneas, por favor —ordena con voz firme pero controlada.

Las quince jugadoras se deslizan hacia sus posiciones en perfecta sincronía. Emma observa con atención cada movimiento, cada postura. Todo debe ser impecable. La temporada comienza en tres semanas y el equipo femenino de hockey sobre hielo de la UCM tiene expectativas que cumplir. Expectativas sobre ella.

—Comenzamos con ejercicios de cambio de dirección. Quiero ver transiciones limpias —indica mientras se mueve al centro del hielo—. Kate, muéstrales el ejercicio.

Kate Donovan, la capitana del equipo, se desliza hacia adelante con una sonrisa confiada. A sus veintidós años, combina talento natural con un carisma innegable. Su casco rojo distintivo la hace fácil de identificar incluso desde las gradas.

—Como diga, entrenadora —responde Kate con entusiasmo antes de ejecutar una serie de giros y cambios de dirección perfectos.

Emma asiente con aprobación. Kate representa todo lo que busca en una capitana: habilidad, carácter y capacidad de

liderazgo. Un talento cultivado con trabajo, no con apellidos o conexiones familiares.

—Ahora todas, en grupos de tres —ordena Emma—. Anabel, ajusta tu postura. Estás demasiado inclinada hacia delante.

Desde la portería, Anabel Chen levanta la mirada sobresaltada. La joven de diecinueve años parece encogerse dentro de su equipo de portera.

—S-sí, entrenadora —responde en un murmullo que apenas se escucha, ajustando su posición.

Emma nota cómo los ojos de Anabel desvían rápidamente la mirada hacia Kate, quien está demasiado ocupada organizando a las jugadoras para el ejercicio. Interesante, piensa Emma, pero no es momento de distracciones.

Durante la siguiente hora, Emma dirige ejercicios tácticos y situaciones de juego. Su voz resuena clara y precisa en la pista. No hay espacio para la improvisación o el error. Cada instrucción está calculada para maximizar el rendimiento.

—Recuperación defensiva, ahora —ordena mientras hace sonar su silbato—. Quiero ver a las delanteras presionando la zona neutral. Anabel, prepárate para tiros desde varios ángulos.

La portera asiente con gesto nervioso, colocándose en posición. Emma percibe su tensión. Anabel tiene un talento natural y reflejos excepcionales, pero su falta de confianza le impide alcanzar su potencial completo. Kate patina hacia la portería antes de iniciar el ejercicio.

—Vamos, Anabel, has mejorado mucho. Muéstrales por qué eres nuestra número uno —dice con una palmada amistosa en el hombro de la portera.

El efecto es inmediato. Las mejillas de Anabel se tiñen de rojo, pero su postura cambia sutilmente. De repente es más firme, más decidida. Emma observa la transformación con interés profesional. Kate tiene ese efecto en el equipo, especialmente en Anabel, aunque parece que también es la causante de sus nervios.

El ejercicio comienza y, para sorpresa de todas, Anabel bloquea cinco tiros consecutivos, incluyendo un disparo

particularmente difícil de Kate.

—Muy bien, Anabel —comenta Emma desplazándose por un lado de la pista—. Así es como quiero verte jugar siempre.

La joven portera sonríe con timidez y casi se desmaya cuando sus ojos se encuentran con la mirada de Kate y esta le muestra el pulgar hacia arriba desde el otro lado de la pista.

Emma consulta su reloj: 18:30. El entrenamiento ha terminado.

—Buen entrenamiento, chicas —anuncia—. No os olvidéis de hidrataros. Mañana trabajaremos en jugadas de power play.

Mientras las jugadoras se dirigen a los vestuarios, Emma organiza con meticulosidad sus notas. Este equipo tiene potencial, pero necesitan disciplina y consistencia. Exactamente lo que ella puede proporcionarles si le dan la oportunidad de demostrar que está aquí por mérito propio, no porque su apellido sea Matthews.

—Entrenadora —Kate se acerca patinando, con Anabel siguiéndola a distancia prudente—. ¿Algún comentario sobre la defensa? Creo que podemos mejorar las transiciones.

—Sí, ya me he dado cuenta —responde Emma agradeciendo la implicación de Kate—. Mañana revisaremos la cobertura de zona. Anabel, buenas paradas hoy, pero necesitas comunicarte más con la defensa.

Anabel asiente, con la mirada fija en sus patines.

—Sí, entrenadora. Intentaré hablar más —responde Anabel bajando la mirada.

Kate la observa y contiene las ganas de pasarle un brazo por encima de los hombros. Quiere decirle que ella puede ayudarla con eso, que pueden practicar las señales después del entrenamiento, pero Anabel se pone especialmente nerviosa cuando ella está cerca, por lo que siempre se mantiene en una distancia prudencial a pesar de que no es exactamente lo que le gustaría.

—¿Intentar? —pregunta Emma, endulzando el tono—. Son tus compañeras, Anabel, no te van a morder. Intenta relajarte, ¿de acuerdo? —dice dándole un suave apretón en el brazo.

Anabel asiente, con las mejillas tan rojas que Kate cruza una mirada de sorpresa con la entrenadora pensando que le va a explotar la cara.

—Venga, al vestuario —ordena Emma señalándolas a ambas.

Kate no espera, se marcha la primera porque sabe que si se queda detrás de Anabel, esta es capaz de tropezar al sentir su presencia en su espalda.

Emma entra en el bar donde se ha citado con su amiga a las 19:45. Localiza a Alice Moore en su mesa habitual junto a la ventana que da al puerto. La profesora de literatura de 41 años levanta su copa de vino en señal de saludo en cuanto repara en su presencia.

—¡Quince minutos antes! Tan puntual como siempre, Matthews —bromea Alice mientras Emma se sienta frente a ella.

—Prefiero la puntualidad a tener que disculparme continuamente —responde Emma, esbozando una pequeña sonrisa.

La camarera se acerca y Emma pide su habitual gin-tonic. Dos años de amistad con Alice han establecido ciertas rutinas imposibles de romper: martes después del entrenamiento, quedada en el bar, primera ronda a las ocho.

—¿Cómo va el equipo? —pregunta Alice, apartando un mechón de su pelo oscuro—. ¿Listas para arrasar esta temporada?

—Estamos progresando —contesta Emma con cautela—. Hay talento, pero necesitamos disciplina. Las chicas tienen mucho potencial, aun así, la clasificación no será fácil.

Alice asiente de manera comprensiva. Conoce bien la presión que Emma siente, aunque nunca hablan directamente de ello.

—Por cierto —comenta Alice de manera casual mientras la camarera sirve la bebida de Emma—, me he enterado de que ya tienen reemplazo para Diane. Eso debe ser un alivio.

Emma se queda inmóvil, con el vaso a medio camino de sus labios.

—¿Reemplazo? —pregunta con voz controlada, aunque sus nudillos se vuelven blancos alrededor del vaso.

—Para tu asistente. La que se fue hace dos semanas por el asunto de su madre —aclara Alice, frunciendo el ceño—. ¿No te lo han dicho?

Emma deja el vaso sobre la mesa para no sufrir la tentación de lanzarlo contra una pared.

—No, Alice. Parece que soy la última en enterarme sobre decisiones que afectan directamente a mi equipo —responde con tono neutro, aunque la tensión es evidente en su mandíbula —. ¿Sabes quién es?

Alice niega con la cabeza.

—Lo siento, solo escuché a Sullivan comentarlo con Richards en la sala de profesores. Algo sobre una incorporación interesante.

Emma asiente lentamente. Sullivan, el jefe del departamento de deportes, ni siquiera se ha molestado en consultarle. Típico. Por supuesto que el apellido Matthews le ha conseguido el puesto de entrenadora, pero no el respeto de la junta directiva.

—Supongo que lo descubriré mañana —dice finalmente, tomando un largo trago de su gin-tonic.

Alice la observa con preocupación.

—Emma, olvídate de ellos, estás aquí por méritos propios. Te eligieron como entrenadora porque fuiste jugadora profesional y tienes mucha experiencia.

—¿Segura? —pregunta Emma—, porque yo empiezo a dudarlo.

Emma viene de una familia donde el hockey parece una religión. Su padre es dueño de un equipo masculino, sus hermanos y ella han sido jugadores y el apellido de la familia abre puertas en ese mundo allá donde vayan.

—Creo que solo me eligieron porque mi apellido da prestigio al equipo, y con ello, a la universidad.

—Aunque sea así, el año pasado llevaste al equipo a las semifinales siendo tu primer año aquí, y te recuerdo que este

equipo no había llegado a unas desde hace siete años —dice Alice—. Hiciste un trabajo maravilloso y lo sigues haciendo.

—Gracias, Alice —dice alzando su copa mientras reza para que su nueva asistente no sea solo un apellido y al menos entienda las reglas del deporte.

Capítulo 2

Emma Matthews camina por el pasillo del edificio administrativo con pasos firmes y decididos. El mensaje recibido hace apenas diez minutos ha sido claro y conciso: presentarse inmediatamente en el despacho de Sullivan. Ha repasado mentalmente su trabajo de las últimas semanas buscando algún fallo que pudiera haber despertado el interés del director deportivo, pero no encuentra nada. Quizás sea sobre la nueva asistente que Alice mencionó la noche anterior.

Llega a la puerta y golpea dos veces. La voz grave de Sullivan responde desde el interior.

—Adelante.

Emma entra y encuentra a Sullivan sentado tras su amplio escritorio de color caoba. A su lado, Richards, el decano de estudiantes, permanece de pie con las manos en los bolsillos. Ambos sonríen como si acabaran de cerrar un trato especialmente lucrativo.

—Siéntate, Matthews —indica Sullivan señalando la silla frente a él—. Tenemos buenas noticias.

Emma toma asiento, manteniendo la espalda recta y la expresión neutra.

—Ya tenemos a tu nueva asistente —anuncia Sullivan con un orgullo evidente—. Y debo decir que es una incorporación excepcional para nuestra universidad.

—¿Puedo preguntar de quién se trata? —inquiere Emma, intentando que su voz suene tranquila.

Sullivan y Richards intercambian una mirada de complicidad antes de que el primero responda.

—Skylar Jenkins.

El nombre es como un martillazo en medio de la frente de Emma. Sus músculos se tensan al instante, pero lucha por mantener la compostura. Skylar Jenkins, de todas las mujeres del mundo, tenía que ser ella.

—Jenkins ha aceptado incorporarse a nuestro equipo técnico como tu asistente para esta temporada —continúa Sullivan, aparentemente ajeno a la reacción de Emma—. Un verdadero golpe de suerte para nosotros.

Emma apenas lo escucha. Su mente ha viajado ocho años atrás, a un vestuario que huele a sudor y victoria.

Flashback

El marcador final es de 3-1. Las Boston Stars han derrotado a las actuales campeonas de la liga en un partido que quedará para la historia. Emma siente la adrenalina recorriendo cada centímetro de su cuerpo mientras sus compañeras celebran la victoria a su alrededor. Es su cuarto año como profesional y acaba de anotar el gol definitivo.

Skylar Jenkins, la capitana del equipo, se abre paso entre las jugadoras para alcanzarla. A sus veintiséis años, Skylar es pura electricidad sobre el hielo: rápida, impredecible y magnética. Su sonrisa brillante ilumina el vestuario más que los fluorescentes del techo.

—¡Matthews! —grita Skylar, lanzándose sobre ella—. ¡Ese pase final ha sido una obra maestra!

Emma se ríe mientras la recibe, consciente del peso ligero de Skylar contra su cuerpo, de cómo sus brazos encajan perfectamente alrededor de su cintura.

—No habría sido posible sin tu asistencia —responde Emma, sintiendo ese familiar cosquilleo en el estómago que siempre aparece cuando Skylar está cerca.

Sus ojos se encuentran por un segundo que parece expandirse. Emma reconoce esa mirada; es la misma que intercambian cuando ejecutan una jugada perfecta, cuando sus mentes parecen conectarse a través del hielo. Pero aquí, tan

cerca una de la otra, sin cascos ni protecciones, la intensidad es diferente.

Skylar la mira fijamente y sus ojos verdes brillan con algo más que la euforia de la victoria. Hay una pregunta allí, una que han estado evitando formular durante meses. Y entonces, en un impulso nacido de la adrenalina y algo más profundo, Skylar elimina la distancia entre ambas y presiona sus labios contra los de Emma.

El beso comienza como un gesto de celebración, de camaradería. Pero algo cambia cuando sus labios se tocan. Lo que debería haber sido un roce fugaz se transforma en algo más intenso, más íntimo. Emma siente que el mundo se desvanece a su alrededor: el ruido del vestuario, las voces de sus compañeras, todo se reduce a la sensación de los labios de Skylar contra los suyos, al sabor salado del sudor mezclado con algo dulce que es puramente Skylar.

Cuando finalmente se separan, ambas tienen la respiración entrecortada. Emma observa el rostro de Skylar —sus mejillas sonrojadas, sus labios ligeramente separados— y de repente todo encaja. Cada mirada robada durante los entrenamientos, cada roce aparentemente casual, cada noche en vela pensando en ella. No es solo admiración o amistad. Es amor. Está enamorada de Skylar Jenkins.

—Matthews, ¿me estás escuchando? —la voz de Sullivan la devuelve bruscamente al presente.

Emma parpadea, alejando el recuerdo mientras intenta que sus pulsaciones vuelvan a un ritmo normal.

—Disculpe, director Sullivan —responde con voz controlada —. Me ha tomado por sorpresa. Skylar Jenkins jugaba en la liga profesional hasta hace pocos meses. ¿Por qué aceptaría un puesto de asistente en un equipo universitario? No tiene mucho sentido.

Sullivan sonríe con suficiencia, como si estuviera a punto de revelar su mayor logro.

—Es un favor personal y una deferencia hacia la universidad —explica con orgullo—. Jenkins tiene vínculos familiares con uno de nuestros principales benefactores. Además, su apellido dará prestigio al programa y quizás así consigamos más fondos para el equipo.

Emma se retuerce en la silla.

—¿Solo estará durante este año? —pregunta la entrenadora, intentando controlar la tensión en su voz.

—En principio, sí —confirma Richards, interviniendo por primera vez—. Considera esto una oportunidad única, Matthews. Jenkins tiene experiencia internacional. Podría aportar una perspectiva valiosa a tu equipo.

«Mi equipo», piensa Emma con amargura. El equipo que ha construido meticulosamente durante el último año, el que ha llevado a semifinales con trabajo y disciplina. Y ahora Skylar Jenkins aparecerá para llevarse el mérito, para que todos la admiren y alaben por su apellido y su carrera tan brillante como su sonrisa.

—¿Cuándo se incorpora? —pregunta Emma, manteniendo un tono neutro que no refleja la tormenta en su interior.

—Hoy mismo —responde Sullivan—. De hecho, ya debe estar llegando a la pista.

Emma siente que el suelo se mueve bajo sus pies. Ni siquiera van a darle tiempo para asimilarlo. Ahora mismo. Skylar Jenkins estará en su pista, con sus jugadoras.

—Muy bien, si eso es todo —dice Emma levantándose—, tengo un entrenamiento que dirigir.

Antes de que Sullivan pueda añadir algo más, Emma ya ha salido del despacho. Camina a paso rápido por los pasillos, mientras intenta que el aire le entre en los pulmones. La furia crece dentro de ella con cada paso. Ocho años. Ocho años desde aquel beso, ocho años desde que Skylar se fue sin darle opción de hablarlo. Ocho años de silencio. ¿Y ahora Skylar tiene la desfachatez de aceptar un puesto entrenando junto a ella? ¿Qué se piensa? ¿Que puede aparecer como si nada?

A medida que se acerca a la pista, Emma respira profundamente, intentando recuperar el control. «Profesionalidad», se recuerda a sí misma. «No dejes que vea cómo te afecta».

Empuja las puertas que conducen a la pista de hielo, preparándose para lo inevitable. Para enfrentarse, después de ocho años, a la mujer que le rompió el corazón.

Skylar Jenkins ha vuelto a su vida y Emma no está segura de poder soportarlo. Pensaba que la había olvidado, que había pasado página, pero ha sido escuchar su nombre y saber que volvería a verla, y su pecho se ha resquebrajado.

Capítulo 3

Emma empuja las puertas de la pista con más fuerza de la necesaria. El frío al que está más que acostumbrada la golpea inmediatamente, pero no consigue calmar el calor que siente por dentro. Su mirada recorre el hielo y se detiene abruptamente cuando la ve.

Ahí está Skylar Jenkins, con su melena oscura recogida en una coleta despreocupada, gesticulando con entusiasmo frente al equipo. Lleva unos pantalones de chándal azul marino y una sudadera de la universidad que seguramente acaba de recibir. A pesar de los años, su presencia sigue siendo magnética: las jugadoras la rodean con expresiones de admiración, como planetas orbitando alrededor de un sol.

—Entonces le dije a la portera canadiense: «Este tiro va por mi abuela, cariño» —está contando Skylar con una sonrisa traviesa—. Y os juro que antes de que pudiera parpadear, el disco ya estaba dentro.

Las risas de las chicas resuenan en toda la pista. Emma reconoce a Kate entre ellas, asintiendo con respeto, y a Anabel, observando con timidez desde un segundo plano. Entonces Skylar levanta la mirada y sus ojos se encuentran con los de Emma. El tiempo parece detenerse. La sonrisa de Skylar se congela por un instante, sus ojos azules se abren ligeramente con sorpresa, y de inmediato, recuperando la compostura, esboza una sonrisa pequeña y tensa.

Emma siente un nudo en el estómago, una mezcla contradictoria de rabia, nostalgia y algo más profundo que se niega a nombrar. Se mantiene inmóvil, con la espalda recta y la mandíbula apretada. Kate es la primera en notar su presencia.

—¡Entrenadora! —exclama, girándose hacia Emma—. Estábamos conociendo a la entrenadora Jenkins.

—Ya veo —responde Emma en tono neutro—. A las líneas, por favor. Comenzamos en dos minutos.

Las jugadoras obedecen inmediatamente, deslizándose hacia sus posiciones habituales. Emma respira profundamente y camina hacia Skylar, que la espera en el borde de la pista con una expresión indescifrable.

—Matthews —saluda Skylar extendiendo su mano—. Ha pasado tiempo.

Emma observa la mano tendida. Esos dedos largos y ágiles que tantas veces había visto manejar el stick como si fuera una extensión natural de su cuerpo. Los mismos dedos que una vez se entrelazaron con los suyos en celebraciones que compartieron juntas. Por profesionalismo, estrecha su mano brevemente y el contacto envía una corriente eléctrica por su brazo. Emma retira la mano casi de inmediato, pero el daño ya está hecho. El calor de Skylar permanece en su piel como una marca invisible.

—Jenkins —dice con frialdad—. No esperaba verte aquí.

Skylar se humedece los labios de manera inconsciente, aturdida por el cosquilleo que todavía siente por la palma de su mano.

—Yo tampoco esperaba estar aquí, pero cuando surgió la oportunidad... —Se detiene, como buscando las palabras correctas—. ¿Cómo te ha ido, Emma? Han pasado, ¿qué? ¿Ocho años?

—Entrenadora Matthews —la corrige Emma con firmeza—. Y ahora no es el momento. Tenemos un entrenamiento que dirigir. Hablaremos después en mi despacho.

Sin esperar respuesta, Emma se pone los patines y se desliza hacia el centro del hielo. Puede sentir la mirada de Skylar clavada en su espalda, pero se niega a dejar que le afecte.

—Comenzamos con ejercicios de transición —anuncia con voz clara—. Quiero ver giros en 360 grados seguidos de cambios

de dirección rápidos.

Skylar se une a ella en el hielo, patinando con la misma gracia fluida que Emma recuerda. Ocho años después y sigue moviéndose como si hubiera nacido sobre el hielo.

—¿Quieres que les muestre la técnica de transición que usábamos nosotras? —pregunta Skylar en voz baja.

Emma está a punto de negarse por puro orgullo, pero la profesional en ella reconoce que era una técnica efectiva.

—Adelante —concede finalmente.

Skylar asiente y se desliza hacia las jugadoras.

—Observad esto —dice con energía—. La clave está en el equilibrio del peso. Cuando hacéis el giro completo, debéis transferir el peso al patín exterior en el último cuarto de vuelta.

Ejecuta el movimiento con precisión, su cuerpo girando en perfecta armonía sobre el hielo. Emma recuerda involuntariamente cómo solían practicar juntas esos mismos movimientos, cómo Skylar la corregía suavemente, sus manos ajustando la postura de Emma.

Para su sorpresa, el entrenamiento fluye con una coordinación casi sobrenatural. Como si los años no hubieran pasado, Skylar parece anticipar cada instrucción de Emma, complementando sus explicaciones y posicionándose exactamente donde es necesaria. No necesitan comunicarse verbalmente; un simple gesto o mirada es suficiente para que Skylar entienda lo que Emma necesita de ella.

Kate es la primera en dominar la nueva técnica, ejecutándola con confianza después de varios intentos.

—Mucho mejor, Donovan —aprueba Emma.

—Excelente equilibrio —añade Skylar—. Tienes los instintos de una profesional.

La sonrisa de Kate se amplía ante el cumplido. Emma nota cómo el resto del equipo parece responder positivamente a Skylar; incluso Anabel, normalmente retraída, muestra más confianza cuando Skylar le ofrece consejos sobre su posicionamiento.

Conforme avanza el entrenamiento, la tensión inicial entre Emma y Skylar se transforma en algo diferente. Hay una sincronía entre ellas que resulta tan familiar como inquietante. Como entrenadora y asistente, complementan sus estilos de forma natural: Emma proporciona estructura y disciplina mientras Skylar añade creatividad y energía.

—¡Tiempo! —anuncia Emma finalmente, consultando su reloj—. Buen trabajo hoy, chicas. Mañana continuaremos con ejercicios de power play. Chen, trabaja en esas salidas laterales.

Las jugadoras se deslizan hacia la salida, murmurando entre ellas con entusiasmo. Emma percibe fragmentos de conversación donde el nombre de Skylar aparece repetidamente.

—¿Habéis visto cómo demostró ese tiro? —comenta una de las defensas—. Dicen que fue la mejor anotadora de la liga durante tres temporadas consecutivas.

—Y pensar que estará con nosotras todo el año... —responde otra con admiración.

Emma aprieta los labios. Por supuesto que Skylar ya se ha convertido en el centro de atención. Algunas cosas nunca cambian.

—Mi despacho —indica a Skylar con sequedad, una vez que las jugadoras han abandonado el hielo—. Ahora.

Skylar asiente, siguiéndola en silencio. Emma camina con pasos medidos, consciente de la presencia de Skylar tras ella. El trayecto hasta su despacho le parece interminable y siente como la tensión en sus músculos va creciendo conforme ejecuta uno nuevo.

Finalmente, llegan y Emma abre la puerta y entra, esperando a que Skylar la siga antes de cerrarla con firmeza. Su despacho es pequeño pero ordenado, con fotografías enmarcadas de equipos anteriores y algunos trofeos colocados por tamaño en una estantería. En un rincón, apenas visible, hay una foto del equipo de Boston Stars de hace ocho años. Emma se pregunta si Skylar lo notará.

—¿Qué haces aquí, Skylar? —pregunta directamente, volviéndose hacia ella—. ¿Por qué, de todos los equipos posibles, has elegido venir al mío?

Skylar abre la boca para responder, pero no emite sonido alguno. Sus ojos azules recorren el rostro de Emma con intensidad, deteniéndose en sus labios. Hay algo en su mirada, una lucha interna que Emma reconoce porque ella misma la está experimentando.

—Yo... —comienza Skylar, pero se detiene.

Y entonces ocurre de nuevo. En un movimiento impulsivo que toma a Emma completamente por sorpresa, Skylar elimina la distancia entre ambas y captura sus labios en un beso desesperado. Sus manos se aferran a los hombros de Emma, atrayéndola hacia sí con urgencia. Emma se queda paralizada por un instante, abrumada por la sensación. Los labios de Skylar son exactamente como los recordaba: suaves, cálidos e insistentes. Por un segundo —solo un segundo— se permite recordar lo que sintió hace ocho años, la euforia mezclada con revelación, la certeza de que Skylar era todo lo que quería.

Luego, algo se rompe dentro de ella. El recuerdo del después, del silencio, del rechazo. Y en lugar de apartarse, Emma responde al beso con una intensidad nacida de la rabia y el deseo reprimido durante años. Sus manos se enredan en la melena de Skylar, deshaciendo la coleta, mientras profundiza el beso con una ferocidad que las sorprende a ambas.

No es un beso tierno ni romántico. Es una confrontación, una batalla donde ninguna quiere ceder. Los dientes chocan y las respiraciones se aceleran. Emma empuja a Skylar contra la pared, sus cuerpos presionados tan cerca que puede sentir el corazón de Skylar latiendo furiosamente contra el suyo.

Cuando finalmente se separan, ambas están sin aliento y Emma da un paso atrás, sintiendo que el mundo gira a su alrededor. El sabor de Skylar permanece en sus labios, familiar y desconcertante a la vez. Skylar la mira con los ojos brillantes y las mejillas sonrojadas. Su pelo suelto enmarca su cara en una

imagen que hace que Emma se odie a sí misma por seguir encontrándola preciosa después de todo este tiempo.

—Emma... —susurra Skylar, extendiendo una mano hacia ella.

Emma retrocede otro paso cuando la realidad de lo que acaba de ocurrir la golpea como una ola helada. El recuerdo de aquel primer beso ocho años atrás regresa con fuerza, junto con todo lo que vino después. El silencio de Skylar al día siguiente. Cómo había actuado como si nada hubiera pasado. Cómo, semanas después, Emma descubrió que Skylar había pedido un traspaso a otro equipo.

—Sal de mi despacho —dice Emma con voz temblorosa, sin poder contener la rabia—. Ahora.

—Emma, por favor, déjame explicarte... —intenta Skylar, dando un paso hacia ella.

—¡Fuera! —exclama Emma, señalando la puerta—. Ya hiciste tu elección hace ocho años, Jenkins. No hay nada más que hablar.

Skylar la observa por un momento, desorientada porque ni ella misma sabe lo que ha pasado, pero, finalmente asiente.

—Como quieras —murmura, pasándose una mano temblorosa por el pelo—. Pero tendremos que hablar en algún momento. No podemos trabajar así.

Sin esperar respuesta, Skylar abre la puerta y sale, dejando a Emma sola con el eco de su presencia y el fantasma de un beso que no debería haber ocurrido. Emma se deja caer en su silla y se cubre la cara con las manos. ¿Cómo es posible que ocho años después, Skylar Jenkins todavía tenga este poder sobre ella? ¿Cómo podrán trabajar juntas cuando un simple beso ha sido suficiente para desenterrar todo lo que Emma ha intentado olvidar?

Skylar camina por el pasillo con pasos inseguros, rozando inconscientemente sus labios con los dedos como si los de Emma todavía estuvieran ahí. No esperaba que esto sucediera, no así. Había imaginado su reencuentro con Emma de mil

maneras diferentes durante años, pero ninguna incluía esta combinación de furia y pasión que acaban de compartir.

Capítulo 4

Emma camina por el pasillo que conduce a la pista de hielo con pasos rápidos y tan furiosos como se siente ella. Intenta distraer su mente repasando la agenda del entrenamiento de hoy, centrándose en las tácticas de power play que necesita reforzar. Es lo único que se le ha ocurrido para no pensar en lo que pasó ayer en su despacho con Skylar. El beso. La rabia. La atracción que sigue ahí y ella se niega a reconocer. Cada vez que lo recuerda el estómago se le retuerce mientras se pregunta cómo demonios pudo volver a suceder.

Cuando está a punto de girar la esquina, una figura emerge del vestuario y casi se estampa con ella. Skylar Jenkins, con el pelo recogido en una coleta más elaborada que la del día anterior y una sudadera nueva de la universidad, se detiene abruptamente. Sus ojos azules se abren con sorpresa al encontrarse con Emma y la garganta se le seca cuando su mente la traiciona y sus ojos se desvían hacia sus labios.

Emma la ignora y continúa caminando, pero Skylar reacciona rápidamente, sujetándola del brazo.

—Emma, espera —dice bajando la voz, aunque las jugadoras ya están en la pista y no pueden oírlas—. Tenemos que hablar sobre lo que pasó ayer. Sobre el beso.

Emma se detiene en seco y se gira hacia ella con tal brusquedad, que quedan a escasos centímetros una de la otra. La cercanía es eléctrica; puede sentir el calor que emana del cuerpo de Skylar, percibir el ligero aroma a menta de su aliento. Por un instante, ambas se miran fijamente y Emma nota cómo los ojos de Skylar descienden hacia sus labios, otra vez. La tensión entre ellas se vuelve casi insoportable y ambas tienen la

sensación de que es mucho mayor que cuando jugaban juntas en Boston.

Es Skylar quien retrocede primero, dando un pequeño paso atrás con expresión aturdida. Parpadea varias veces como si intentara aclarar sus pensamientos, que sin duda son más confusos que nunca. Ella tiene su vida y creía que había superado aquella fase, pero es evidente que no.

Ese gesto de retirada enciende algo dentro de Emma. Es exactamente igual que hace ocho años: Skylar iniciando algo que no tiene intención de continuar, retrocediendo cuando las cosas se intensifican.

—No tenemos nada de qué hablar, Jenkins —dice Emma con frialdad—. Olvida lo que pasó y procura que no vuelva a repetirse. Tenemos un equipo que entrenar y eso es lo único que importa.

Sin esperar respuesta, Emma se da la vuelta y se dirige hacia la pista. Puede sentir la mirada de Skylar clavada en la espalda mientras camina, pero se niega a darse la vuelta.

El equipo ya está calentando cuando llegan. Emma observa cómo Kate dirige los ejercicios con precisión, mientras Anabel practica bloqueos en la portería.

—Buenos días, chicas —saluda Emma con tono profesional —. Hoy trabajaremos en situaciones de power play. Quiero ver transiciones rápidas y comunicación constante.

—Podríamos empezar con ejercicios de posicionamiento en zona —sugiere Skylar, patinando hasta colocarse junto a Emma —. Trabajar primero las posiciones antes de los pases.

Emma la mira brevemente, considerando la sugerencia. En el fondo, sabe que es buena idea, pero se niega a darle la razón.

—Comenzaremos con pases cortos para evaluar la velocidad de reacción —contradice—. Las posiciones las trabajaremos después.

Una expresión de sorpresa cruza el rostro de Skylar, pero asiente sin discutir.

—Como quieras —responde, y patina hacia la mitad del grupo para dar instrucciones.

Durante la siguiente hora, el entrenamiento avanza con una eficiencia tensa. Emma y Skylar se mueven por la pista como dos satélites cuyas trayectorias están calculadas para no cruzarse. Cuando Skylar demuestra una técnica de protección del disco, Emma añade comentarios sobre la importancia de la postura correcta. Cuando Emma explica una estrategia defensiva, Skylar complementa con consejos sobre ángulos de bloqueo.

Para cualquier observador casual, parecen un equipo bien coordinado, pero las jugadoras perciben la tensión e intercambian miradas confusas cuando Emma desestima otra sugerencia de Skylar sobre cómo mejorar la transición ofensiva.

—Las transiciones cortas funcionan mejor con nuestro estilo de juego —insiste Emma.

—Las transiciones largas darían más opciones a los extremos —rebate Skylar, aunque mantiene un tono conciliador.

Emma está a punto de responder cuando nota algo al otro lado de la pista. Kate se acerca a Anabel para mostrarle una postura y la portera inmediatamente se pone rígida. Sus movimientos, que hasta ese momento eran fluidos, se vuelven mecánicos y forzados. Cuando Kate coloca una mano en su hombro para ajustar su posición, Anabel casi deja caer el stick.

—¡Chen! —la llama Emma con firmeza—. Concéntrate en la posición, no en quién te la está mostrando.

Anabel asiente, sonrojándose intensamente mientras Kate retrocede con expresión confundida.

Skylar patina hasta situarse junto a Emma y sigue su mirada hacia las dos jugadoras.

—Parece que a nuestra portera le gusta la capitana —comenta en voz baja, con un toque de diversión.

Emma no la mira cuando responde.

—Ya lo había notado, y es un problema porque Anabel es demasiado tímida y se desestabiliza ante la presencia de Kate.

Eso afecta a su rendimiento y también a los resultados del equipo, y no sé qué demonios hacer para evitarlo.

Skylar suelta una pequeña carcajada.

—Me recuerdan a nosotras en Boston, aunque nosotras siempre estábamos coordinadas —el comentario escapa de la boca de Skylar sin que pueda detenerlo, por un momento, ha vuelto ocho años atrás y se ha sentido plena como entonces.

Emma se gira para fulminarla con la mirada, pero justo en ese momento el teléfono de Skylar emite un pitido. Skylar extrae el dispositivo del bolsillo de su chaqueta y frunce el ceño al mirar la pantalla.

—Disculpa —murmura, alejándose para contestar la llamada.

Emma observa con irritación cómo Skylar se desliza hasta el borde de la pista, hablando en voz baja por teléfono. Su lenguaje corporal cambia inmediatamente; se pone tensa y sus hombros se elevan ligeramente. Quien sea que esté al otro lado de la línea parece causarle la misma incomodidad que la presencia de Skylar le causa a ella.

Cuando la segunda entrenadora regresa, su expresión es más seria que antes.

—Durante el entrenamiento, el móvil se queda en el vestuario —le recuerda Emma con tono cortante—. No quiero interrupciones.

Espera una protesta, un comentario sarcástico o al menos una explicación, pero Skylar simplemente asiente.

—No volverá a ocurrir —responde, y patina de regreso hacia las jugadoras sin añadir nada más.

Emma la mira alejarse, desconcertada por la falta de resistencia. Esta no es la Skylar que recuerda, la que siempre tenía la última palabra, la que convertía cada intercambio en un desafío.

—Entonces, ¿me estás diciendo que te besó en tu propio despacho? —pregunta Alice con los ojos muy abiertos, cogiendo

su copa de vino tinto con la intención de bebérsela de un trago, aunque acaba dando un solo sorbo.

Emma da un largo trago a su gin-tonic antes de responder. El bar está más concurrido que de costumbre, pero han conseguido su mesa habitual junto a la ventana.

—Sí. Sin previo aviso —confirma Emma tras soltar todo el aire que ha retenido en los pulmones—. Como si tuviera todo el derecho del mundo a hacerlo después de ocho años.

Alice la observa con atención, todavía sorprendida por la noticia. Esperaba que el reencuentro entre su amiga y la que fue su compañera de equipo no fuera agradable, pero esto no se lo imaginaba ni por asomo.

—Y tú... ¿cómo te sentiste? —se interesa Alice.

—Bien —responde Emma de forma automática, pero ante la mirada escéptica de Alice, deja escapar un suspiro—. Jodida, Alice. Me siento completamente jodida. Todo lo que creía enterrado ha vuelto a la superficie. Es como si estos ocho años no hubieran pasado. No sé por qué mierda lo hizo, no lo entiendo, parece que el destino me la pone delante solo para joderme.

Alice da un sorbo a su vino, considerando la situación.

—Quizás ha cambiado, Emma. La gente evoluciona, madura. Tal vez deberías hablar con ella, escuchar lo que tiene que decir.

—¿Hablar? —Emma suelta una risa amarga—. No hay nada que hablar. Es la misma Skylar de siempre. Me besó, y hoy, cuando estuvimos cerca de nuevo, fue ella quien retrocedió. Para ella solo es un juego, Alice. Siempre lo ha sido.

—No puedes estar segura de eso —insiste Alice—. Han pasado ocho años. Sus motivos podrían ser diferentes ahora.

Emma niega con la cabeza mientras gira el vaso entre sus dedos, observando cómo los cubitos de hielo chocan contra el cristal.

—Conozco a Skylar Jenkins —afirma con convicción—. Me besó hace ocho años y al día siguiente actuó como si nada hubiera pasado. Semanas después, pidió un traspaso. Ni siquiera tuvo la decencia de hablar conmigo. Ahora no es

diferente, ha actuado por impulso y ya está, quizá ella también sigue sintiendo algo todavía, qué sé yo… En cualquier caso, solo estará aquí este año, eso si no abandona antes.

Alice guarda silencio por un momento, estudiando a su amiga.

—A veces huimos de lo que más nos asusta, Emma—. Quizás no fue porque no le importaras.

Emma levanta la mirada, encontrándose con los ojos comprensivos de Alice. Por un instante, se permite considerar la idea, ¿y si Skylar huyó precisamente porque lo que sentía era demasiado intenso? ¿Y si...?

Pero inmediatamente descarta el pensamiento. No puede permitirse esa esperanza. No otra vez.

—No importa —dice con firmeza—. Tenemos una temporada por delante y un equipo que entrenar. Lo personal quedará al margen, no pienso dejar que me destroce otra vez.

Alice no parece convencida, pero asiente respetando la decisión de su amiga.

—Pues entonces, esfuérzate en llevarte bien con ella durante este tiempo, Emma, porque la vas a ver cada día. Tendrás que compartimentar esa mente y entrar con otra mentalidad en la pista para no volverte loca.

Emma levanta su vaso en un brindis silencioso, pero cuando bebe, el gin-tonic le sabe amargo. Porque en el fondo sabe que ignorar lo que siente por Skylar Jenkins y actuar como si todo fuera normal entre ellas, va a ser la tarea más difícil a la que se ha enfrentado en años.

Capítulo 5

Skylar camina de un lado a otro frente a la entrada del edificio principal de la universidad, sosteniendo el teléfono contra su oreja mientras gesticula con la mano libre, intentando que el aire fresco de la mañana calme la frustración que siente.

—Eric, ya te lo he explicado tres veces —dice con tono contenido, consciente de los estudiantes que pasan a su lado—. Estoy en periodo de adaptación. El puesto es exigente.

—Han pasado casi dos semanas desde que aceptaste ir a ese sitio en medio de la nada —responde la voz masculina al otro lado de la línea—. Ni siquiera has tenido tiempo para cenar conmigo una noche. ¿Qué clase de relación es esta?

Skylar cierra los ojos y respira profundamente. Las palabras de Eric le resultan distantes, como si provinieran de otra vida. Una vida que hace apenas unos días tenía perfecto sentido, pero que ahora la siente como un vestido que le queda grande, o pequeño.

—Tengo responsabilidades aquí —argumenta, aunque sabe que es otra excusa absurda—. El equipo me necesita.

—¿Y yo no? —insiste Eric—. ¿Cuándo vas a tener tiempo para nosotros?

Skylar observa su reflejo en el cristal de la puerta y no reconoce a la mujer que le devuelve la mirada. Desde que vio a Emma, su mundo se ha desestabilizado por completo. Lo último que le apetece ahora mismo es ver a Eric, pretender que todo sigue igual cuando, en realidad, nada lo es.

—Necesito tiempo —dice finalmente—. Es complicado.

—¿Complicado? —la voz de Eric sube de volumen—. ¿Qué tiene de complicado?

Skylar se frota la frente, sintiendo el inicio de un dolor de cabeza punzante.

—Eric, tengo que irme. Tengo una reunión importante —miente a medias—. Hablamos después, ¿vale?

—Skylar, no puedes seguir evitan...

Termina la llamada sin dejarle terminar la frase, sintiendo una mezcla de culpa y alivio. Se apoya contra la pared del edificio y cierra los ojos un instante para intentar relajarse.

«Solo es nostalgia», se dice a sí misma. «Lo que siento por Emma es solo el eco de lo que sentí hace ocho años. Se pasará. Mi vida volverá a la normalidad. Solo necesito tiempo».

Pero la imagen de Emma aparece en su mente: su mirada firme, la tensión en su mandíbula cuando está concentrada, la suavidad inesperada de sus labios cuando respondió a su beso. Skylar sacude la cabeza, intentando disipar esos pensamientos, y consulta su reloj. Es hora de enfrentarse a otro tipo de tensión.

El despacho del director deportivo Sullivan huele a ambientador artificial de pino, un intento fallido de crear un ambiente acogedor en un espacio dominado por trofeos y fotografías de equipos masculinos. Emma ya está sentada cuando Skylar entra, manteniendo su espalda perfectamente recta y su expresión neutral.

—Ah, Jenkins, justo a tiempo —comenta Sullivan, señalando la silla vacía junto a Emma—. Siéntate, por favor.

Skylar toma asiento, notando cómo Emma se tensa sutilmente cuando sus hombros casi se rozan. El espacio entre sus sillas parece demasiado pequeño y demasiado grande al mismo tiempo.

Sullivan se aclara la garganta y entrelaza sus manos sobre el escritorio en un gesto ensayado de seriedad.

—Os he convocado porque tenemos un asunto importante que discutir —comienza, dirigiendo su mirada de una a otra—. La universidad está enfrentando ciertos... ajustes financieros. Recortes presupuestarios, para ser precisos.

Emma mantiene su expresión impasible, pero Skylar nota cómo sus dedos se tensan sobre el reposabrazos de la silla.

—¿Cómo afecta esto a nuestro equipo? —pregunta Emma directamente.

Sullivan esboza una sonrisa tensa.

—Por el momento, no hay cambios inmediatos. Pero el próximo año, bueno, digamos que la renovación del programa dependerá en gran medida de los resultados de esta temporada.

—¿Está diciendo que nuestro programa podría eliminarse? —insiste Emma con cierto tono cortante.

—Estoy diciendo que los recursos son limitados —responde Sullivan, evadiendo la pregunta directa—. Los programas que demuestren éxito y visibilidad tendrán prioridad en el presupuesto del próximo año.

Skylar interviene antes de que Emma pueda responder, evitando que diga algo que no debe.

—¿Qué definiría como «éxito»? ¿Clasificación para el campeonato nacional? ¿Semifinales?

Sullivan agita una mano en un gesto vago.

—El comité evaluará múltiples factores: rendimiento, asistencia a los partidos, cobertura mediática... —hace una pausa—. Ahí es donde tu presencia puede ser especialmente valiosa, Jenkins. Tu nombre atrae atención.

Emma suelta un bufido apenas audible que podría interpretarse como incredulidad.

—Por eso —continúa Sullivan, ignorando la reacción de Emma—, es crucial que trabajéis juntas estrechamente. Matthews, tu disciplina táctica, combinada con la creatividad y experiencia internacional de Jenkins, podría ser exactamente lo que necesitamos para destacar.

—Entendido —responde Emma secamente—. ¿Algo más?

Sullivan parece algo desconcertado por su frialdad, pero niega con la cabeza.

—Eso es todo por ahora. Confío en que sepáis trabajar juntas.

Emma se levanta de inmediato, dando por terminada la reunión. Skylar la sigue, dando las gracias a Sullivan antes de salir del despacho.

En el pasillo, Skylar acelera el paso para alcanzar a Emma, que ya se dirige hacia la pista en un intento fallido de dejarla atrás.

—Emma, espera —le pide Skylar—. Creo que deberíamos hablar sobre esto.

Emma se detiene, pero no se gira del todo.

—¿Sobre qué exactamente?

—Sobre cómo vamos a trabajar juntas —explica Skylar, acercándose—. Podríamos quedar para tomar un café, planear los entrenamientos, compartir ideas...

—Lo que tengas que decir sobre el equipo, puedes decirlo en la pista —responde Emma cortante.

Skylar suspira, pasándose una mano por el pelo.

—Sabes que no me escuchas cuando estamos allí. Me contradices de manera sistemática.

Emma aprieta la mandíbula y suspira, clavando la mirada al fondo del pasillo.

—Está bien. En mi despacho, después del entrenamiento —concede tras unos segundos que para Skylar han sido muy largos—. Ahora tenemos que preparar la sesión de hoy.

La pista de hielo refleja la luz del sol que entra por los ventanales superiores, creando patrones brillantes sobre la superficie helada. Las jugadoras realizan ejercicios de pases en grupos de tres, con un ritmo fluido que demuestra que están progresando.

Emma observa con atención, corrigiendo posiciones y ofreciendo indicaciones precisas. Skylar se mueve por el otro extremo de la pista, demostrando técnicas de protección del disco a un grupo de defensas.

—¡Rotación! —indica Emma, y los grupos cambian de posición.

Kate patina hacia la portería donde Anabel está practicando bloqueos.

—Chen, vamos a trabajar señales para corner —anuncia Kate, acercándose—. Necesito que estés atenta a mis indicaciones durante el juego.

Anabel asiente, pero cuando Kate le hace un gesto para que se acerque, la portera se queda congelada mientras observa cómo se desliza hacia ella. Intenta moverse y su patín resbala de forma torpe, casi provocando que pierda el equilibrio.

—Lo siento —murmura Anabel, recuperando la postura, pero evitando la mirada de Kate.

Emma intercambia una mirada con Skylar, que también ha notado la reacción de Anabel.

—Donovan —llama Emma—, continúa. Chen, concéntrate en las señales.

Kate frunce el ceño, visiblemente confundida por la reacción de Anabel. Continúa con las instrucciones de Emma, pero duda cuando se acerca a su compañera porque ella también percibe su nerviosismo cuando está cerca, y no sabe qué hacer para que eso no suceda.

Minutos después, mientras las jugadoras practican jugadas de power play, Kate se acerca a Emma.

—Entrenadora, ¿puedo preguntarle algo? —dice en voz baja —. ¿He hecho algo que moleste a Anabel? Parece incómoda cuando trabajo con ella, quizá sin querer…

Emma contempla a la capitana, consciente de que tienen un problema.

—No es nada personal, Donovan —responde con sinceridad —. Continúa dirigiendo al equipo como lo has estado haciendo. Eres una excelente capitana.

Kate asiente, aunque no parece completamente convencida.

—¿Segura? Es que parece que no confía en mí.

—No es eso —dice Emma—, es solo que Anabel es muy insegura, ya lo sabes. Venga, vuelve al entrenamiento.

Kate asiente y obedece, aunque la respuesta de su entrenadora no la deja del todo satisfecha. Que Anabel es

insegura lo saben todas, pero solo titubea cuando está delante de ella.

Emma la observa alejarse, pensando que quizás debería hablar con Anabel en algún momento. Las dinámicas personales dentro del equipo pueden afectar al rendimiento, y eso es algo que no pueden permitirse con la presión adicional de los recortes presupuestarios.

El despacho de Emma, con su meticuloso orden y aspecto funcional, parece más pequeño cuando Skylar entra tras ella al terminar el entrenamiento. La pizarra blanca que ocupa una pared está cubierta de diagramas tácticos y listas de nombres.

—He estado pensando en algunas variaciones para las jugadas de power play —comienza Emma, dirigiéndose directamente a la pizarra—. Podríamos incorporar transiciones más rápidas en la zona central.

Skylar se acerca, estudiando los diagramas.

—Me gusta la idea —responde, señalando un punto específico—. Si colocamos a Donovan aquí en vez de aquí, podríamos abrir más ángulos de tiro.

Emma considera la sugerencia y asiente.

—Podría funcionar —concede, tomando un rotulador para modificar el diagrama—. También estaba pensando en...

Ambas señalan el mismo punto a la vez y sus dedos se rozan de manera accidental. Es un contacto breve, apenas perceptible, pero suficiente para que ambas se detengan en seco. Emma gira la cabeza para mirar a Skylar y se encuentra con sus ojos azules fijos en ella, dilatados y brillantes.

El tiempo parece ralentizarse. La tensión entre ellas, que han estado manteniendo bajo control durante todo el día, explota en un instante. Esta vez es Skylar quien elimina la distancia entre ambas, atrapando los labios de Emma con fiereza y descontrol. Emma responde de inmediato, como si hubiera estado esperando este momento desde que se separaron la última vez. Sus manos se entrelazan en el pelo de

Skylar mientras el beso se profundiza, volviéndose más urgente y desesperado.

Skylar da un paso adelante, guiando a Emma hacia atrás hasta que sus piernas chocan contra el borde del escritorio. Sin romper el beso, Skylar la levanta ligeramente para sentarla sobre la superficie, colocándose entre sus piernas. Sus manos recorren los costados de Emma, deteniéndose en su cintura, dibujando pequeños círculos con los pulgares sobre la tela de su camisa.

Emma suelta un gemido suave cuando Skylar abandona sus labios para trazar un camino de besos desde su mandíbula hasta su cuello. Las manos de Emma se deslizan bajo la sudadera de Skylar, encontrando la piel cálida de su espalda. Skylar se estremece ante el contacto y regresa a sus labios, besándola con una intensidad que hace que el mundo exterior desaparezca por completo.

Un momento de claridad atraviesa la bruma de deseo que envuelve a Skylar. Se separa ligeramente, aunque sus manos permanecen en la cintura de Emma y sus frentes casi tocándose.

—Emma... —susurra con voz ronca y entrecortada.

Emma la mira, con los labios enrojecidos y los ojos brillantes de deseo.

—¿Qué ocurre? —pregunta en voz baja.

Skylar cierra los ojos por un instante, intentando recuperar el control.

—No puedo... —comienza, pero se detiene. No sabe cómo explicarlo. No puede mencionar a Eric, no en este momento, no cuando todo lo que quiere es continuar besando a Emma—. Lo siento, tengo que irme.

No se aparta con brusquedad. Sus manos abandonan la cintura de Emma con delicadeza, sus dedos rozando sus brazos en una caricia suave mientras retrocede.

—Skylar... —empieza Emma, pero no sabe qué más decir, está muy aturdida.

—Lo siento —repite Skylar, recogiendo su bolso del suelo—. Yo... no puedo hacer esto ahora. Perdóname.

Sin decir nada más, sale del despacho, dejando a Emma sentada sobre el escritorio, con el corazón latiendo desbocado y la cabeza dando vueltas.

Emma permanece inmóvil durante varios minutos después de que la puerta se cierra. Sus dedos rozan sus labios, donde todavía puede sentir la presencia de Skylar. La frustración y la confusión se mezclan en su interior, formando un nudo que no sabe cómo deshacer.

Ocho años y nada ha cambiado. Skylar sigue iniciando algo que no tiene intención de terminar, dejándola con preguntas sin respuestas y sentimientos que no sabe cómo controlar. Y lo peor es que, a pesar de todo, Emma no puede evitar desearla. No puede detener lo que siente. Y no se atreve a hablar de ello con Skylar, porque teme que la respuesta sea la misma que hace ocho años: silencio y distancia.

Se baja del escritorio con las piernas temblorosas y recoge los papeles dispersos, intentando restaurar el orden en su despacho, deseando poder hacer lo mismo con sus emociones, pero no puede.

Capítulo 6

El bullicio previo al partido llena las gradas del pabellón. Padres, estudiantes y profesores ocupan sus asientos mientras los equipos realizan los últimos ejercicios de calentamiento sobre el hielo. Emma revisa sus notas tácticas con expresión concentrada, intentando no pensar en el hecho de que este es su primer partido oficial con Skylar Jenkins como asistente.

Alice Moore se acomoda junto a ella en el banquillo, sosteniendo un vaso de café humeante. La presencia de su amiga es algo reconfortante en medio de la tensión previa al encuentro.

—¿Nerviosa? —pregunta Alice con una sonrisa.

—Concentrada —corrige Emma, sin apartar la mirada de sus apuntes.

Alice asiente y dirige su mirada hacia la pista, donde Skylar está indicando algo a un grupo de defensas. Su postura es enérgica, su explicación acompañada de gestos precisos que captan la atención de las jugadoras.

—Es buena —comenta Alice después de un momento—. Se nota que tiene experiencia.

Emma emite un sonido neutro de asentimiento.

—Entonces... —continúa Alice, bajando la voz—. ¿Han hablado con ella sobre aquel beso?

Emma se tensa visiblemente. Sus dedos se cierran con más fuerza alrededor del portapapeles mientras un torbellino de recuerdos asalta su mente: no solo el primer beso en su despacho, sino el segundo, y luego el encuentro sobre su escritorio que casi termina... Se le seca la garganta. Por un instante, considera contárselo todo a Alice, desahogar el peso de la confusión y el deseo que carga desde hace días. Pero sabe

lo que su amiga diría: que debe hablar con Skylar y afrontar lo que está sucediendo entre ellas. Y Emma no está preparada para esa conversación, no ahora, no cuando necesita toda su concentración para el partido.

—No —responde finalmente—. No hay nada que hablar.

Alice la observa con escepticismo, pero no insiste. En lugar de eso, su atención se desvía de nuevo hacia Skylar, quien ahora sostiene su teléfono móvil con expresión tensa mientras habla en voz baja.

—¿Con quién habla? —pregunta Alice con curiosidad—. Parece preocupada.

Emma sigue la mirada de su amiga. Efectivamente, Skylar muestra signos evidentes de incomodidad: su mandíbula está tensa, su mano libre gesticula con movimientos rígidos y su mirada recorre el pabellón con nerviosismo como si quisiera asegurarse de que nadie puede escuchar su conversación.

—No lo sé —responde Emma, aunque la pregunta despierta su propia curiosidad—. Y no es asunto mío.

Se levanta del banquillo, guardando sus apuntes en la carpeta.

—Tengo que ir con las chicas —se disculpa—. Gracias por venir, Alice.

Alice le da un ligero apretón en el brazo.

—Vas a aplastarlos —afirma con convicción—. Estaré animando desde las gradas.

Emma asiente y camina hacia donde Skylar continúa hablando por teléfono. Al acercarse, capta fragmentos de la conversación.

—No puedo hablar ahora, Eric... Sí, lo entiendo, pero... —Skylar se interrumpe al percibir la presencia de Emma—. Tengo que colgar. Hablamos luego.

Emma mantiene su expresión impasible mientras Skylar termina la llamada, aunque el nombre masculino queda registrado en su mente.

—Jenkins —dice en tono cortante—. Sabes que no puedes llevar el teléfono cuando entrenamos, y mucho menos cuando

tenemos un partido.

Espera resistencia como pasaría en una situación normal, pero Skylar simplemente asiente, guardando el dispositivo en su bolsa sin protestar.

—Tienes razón —reconoce con voz algo tensa—. No volverá a ocurrir, lo siento.

Algo en su expresión, una vulnerabilidad apenas perceptible, hace que Emma sienta el impulso de preguntar si todo está bien, pero se limita a asentir.

—Las chicas están listas —indica, dirigiendo su atención hacia el equipo—. Vamos a repasar las estrategias una última vez.

El partido contra las Snow Huskies comienza con intensidad. Las jugadoras de ambos equipos se deslizan por el hielo con determinación, luchando por cada disco y por cada centímetro de territorio. El público corea los nombres de las locales, creando un ambiente eléctrico que llena de energía a las jugadoras de la UCM.

Emma observa desde el banquillo, siguiendo cada movimiento de sus jugadoras con atención analítica. Skylar permanece de pie a su lado, señalando ajustes tácticos y ofreciendo observaciones sobre las debilidades del equipo contrario.

—Están dejando espacio en la banda derecha —comenta Skylar cuando Kate patina cerca del banquillo para un cambio rápido—. Dile a Robinson que aproveche ese hueco.

Emma asiente, transmitiendo la indicación. La sincronización entre ambas es perfecta, cada una complementando las observaciones de la otra sin necesidad de largas explicaciones. El primer periodo termina sin goles, con ambos equipos mostrando defensas sólidas. Emma reúne a las jugadoras durante el descanso.

—Estamos conteniendo bien, pero necesitamos más agresividad ofensiva —indica con firmeza—. Donovan, quiero

que presiones más a su defensa central. Chen, excelente trabajo en la portería, mantén esa concentración.

Skylar se acerca a Anabel, ajustando ligeramente la posición de sus guantes.

—Cuando su número 8 se acerque, inclínate ligeramente hacia tu derecha antes de moverte —sugiere con una sonrisa algo chulesca—. Tiene una tendencia previsible, puedes anticiparte.

Anabel asiente, absorbiendo el consejo.

El segundo periodo trae un juego más ofensivo. La defensa de las Huskies comienza a mostrar fisuras bajo la presión constante de las delanteras de la UCM. A los ocho minutos, Kate intercepta un pase y, con un movimiento rápido que recuerda la técnica que Skylar les enseñó, elude a dos defensas y lanza un tiro potente que se cuela en la esquina superior izquierda de la portería contraria.

—¡Así se hace! —exclama Skylar, alzando el puño en celebración.

El equipo estalla en vítores, pero la alegría dura poco. Las Huskies responden con renovada determinación y, tras una serie de ataques coordinados, logran empatar el marcador antes del final del periodo. El tercer y último periodo es una batalla de voluntades. Ambos equipos presionan con todo, conscientes de que cada segundo cuenta. Emma hace ajustes rápidos, rotando a sus jugadoras para mantener la energía. Skylar ofrece indicaciones tácticas precisas, notando patrones en el juego del equipo rival que las jugadoras pueden explotar.

Cuando faltan apenas tres minutos para el final, una delantera de las Huskies escapa sola hacia la portería de la UCM. Anabel se coloca en posición, recordando el consejo de Skylar, y cuando la jugadora lanza, realiza una extensión perfecta con el guante derecho, deteniendo lo que parecía un gol seguro. Kate recupera el disco y lidera un contraataque vertiginoso. Con apenas treinta segundos en el reloj, asiste a Robinson, quien envía un disparo preciso que se desliza entre las piernas de la portera contraria. 2-1 para la UCM.

El pabellón estalla en un rugido ensordecedor. Las jugadoras saltan sobre el hielo mientras la bocina final suena, confirmando la victoria ajustada. Emma siente una oleada de alivio y orgullo mientras observa a su equipo celebrar la victoria. Cuando mira a Skylar, ve el mismo júbilo reflejado en su rostro, esa combinación de satisfacción y adrenalina que solo los verdaderos amantes del hockey pueden entender.

Sin pensarlo, ambas se dirigen al hielo para unirse a la celebración. Las jugadoras las rodean, abrazándolas entre gritos de alegría. Kate abraza a Emma con fuerza, agradeciéndole la confianza. Robinson levanta su stick en honor a Skylar, reconociendo su consejo táctico.

En medio del caos de la celebración, Emma y Skylar se encuentran frente a frente. Por un instante, se olvidan de todo lo ocurrido entre ellas: los besos robados, las tensiones no resueltas y los años de separación. Solo existe este momento, esta victoria compartida. Skylar da el primer paso, extendiendo los brazos en un gesto tan natural como respirar. Emma responde instintivamente, fundiéndose en un abrazo que despierta memorias enterradas de otras victorias, otras celebraciones.

El cuerpo de Skylar se amolda perfectamente al suyo, como si los años no hubieran pasado. Emma siente el calor de su piel a través de la delgada tela de sus chaquetas, huele el aroma familiar de su champú mezclado con el rastro de sudor producido por la tensión del partido. Sus brazos se cierran alrededor de la cintura de Skylar y, por un momento que le parece perfecto, todo encaja. Es como regresar a casa después de un viaje muy largo.

Skylar se aferra a Emma con la misma intensidad. Su corazón late tan rápido que teme que se le vaya a escapar del pecho. Una sensación de plenitud la invade, tan poderosa e inexplicable que la deja sin aliento. Es como si todo su cuerpo recordara lo que su mente intenta negar: que nunca se ha sentido tan completa como cuando está en los brazos de Emma Matthews. La confusión que la ha perseguido durante días se

disipa durante un momento, reemplazada por una certeza abrumadora que no se atreve a nombrar.

Al separarse, sus miradas se encuentran, cargadas de emoción. Sus rostros están tan cerca que Emma puede sentir la respiración entrecortada de Skylar mezclándose con la suya. Por un instante peligroso, ambas se inclinan un poco hacia adelante, atraídas por una fuerza que parece inevitable. La realidad las golpea al mismo tiempo: están en medio de la pista, rodeadas de jugadoras, padres y espectadores. Emma es la primera en retroceder y el momento de vulnerabilidad desaparece. Skylar parpadea, como despertando de un trance, y da un paso atrás, pasándose una mano temblorosa por el pelo.

—Buen trabajo, Jenkins —dice Emma en tono neutro, aunque su voz suena ligeramente ronca—. Tu análisis táctico fue acertado.

—Tú también, Matthews —responde Skylar, intentando recuperar la compostura—. Hemos funcionado bien como equipo.

Emma asiente brevemente antes de darse la vuelta, dirigiéndose hacia Kate y el resto de las jugadoras, levantando su máscara de frialdad como escudo protector.

A unos metros de distancia, Kate, todavía exultante por la victoria, se acerca con rapidez a Anabel, quien está retirándose su máscara de portera.

—¡Chen! —exclama Kate con entusiasmo—. ¡Esa última parada ha sido una pasada! ¡Has salvado el partido!

Sin previo aviso, Kate envuelve a Anabel en un abrazo espontáneo. La portera se queda paralizada, con los brazos rígidos a los costados y los ojos abiertos por la sorpresa. Por un instante, parece que ni siquiera está respirando.

Kate está a punto de soltarla, interpretando su rigidez como incomodidad, pero entonces Anabel responde. Sus brazos se elevan lentamente, con su habitual timidez, hasta rodear la cintura de Kate en un abrazo vacilante pero sincero. La sensación que recorre a Kate en ese momento la coge completamente por sorpresa. Un cosquilleo cálido nace en su

estómago y se extiende por todo su cuerpo, intensificándose cuando percibe el ligero temblor en los brazos de Anabel. Nunca ha experimentado esta reacción con ningún otro abrazo de celebración, esta conciencia aguda de cada punto donde sus cuerpos se tocan, esta inexplicable necesidad de prolongar el contacto.

Se separa lentamente, encontrándose con los ojos oscuros y brillantes de Anabel. Una sonrisa aturdida se dibuja en su rostro mientras intenta procesar esta nueva e inesperada sensación.

—Eres increíble, ¿lo sabías? —murmura Kate, todavía sosteniendo los hombros de Anabel.

Anabel se sonroja, pero por primera vez, mantiene el contacto visual.

—Gracias —responde en voz baja—. Tú también lo eres.

Capítulo 7

El autobús se detiene frente a un antiguo hotel de Vermont, un edificio de cuatro plantas con un cartel luminoso que parpadea de manera intermitente. Emma observa por la ventanilla, calculando mentalmente el tiempo que falta para el partido de mañana contra el equipo al que se enfrentarán sus chicas. Las jugadoras comienzan a moverse, estirando sus cuerpos entumecidos después de casi tres horas de viaje.

Emma siente el ligero movimiento de Skylar a su lado. Durante todo el trayecto, apenas han intercambiado palabras más allá de breves comentarios sobre las jugadas previstas para el partido. La tensión entre ellas es palpable, amplificada por el reducido espacio que comparten.

—Llegamos, chicas —anuncia Emma, poniéndose de pie—. Recoged vuestras pertenencias e id a recepción para la distribución de habitaciones, aseguraos de no dejaros nada, no quiero quejas después.

Skylar se levanta después de ella, pasándose los dedos por los ojos como si hubiera estado durmiendo la mitad del trayecto.

—¿Estás bien? —pregunta Skylar en voz baja mientras las jugadoras recogen sus cosas.

—Perfectamente —responde Emma secamente, aunque ambas saben que es mentira.

Lo que realmente la irrita no es el viaje, ni siquiera los nervios del partido, sino el hecho de que, debido a los recortes presupuestarios, tendrá que compartir habitación con Skylar. Al menos, según le informó Sullivan, les corresponde una con dos camas separadas.

Skylar parece querer añadir algo, pero se limita a asentir y coge su bolsa del compartimento superior. Sus dedos rozan los de Emma cuando ambas intentan alcanzar el mismo espacio, enviando una corriente eléctrica por el brazo de la entrenadora que la deja sin aire en los pulmones.

Mientras descienden del autobús, Skylar mantiene su mirada fija en la espalda de Emma. No puede dejar de pensar en lo que ocurrió la semana anterior, en cómo estuvieron a punto de besarse en medio de la pista, rodeadas de jugadoras y espectadores. No fueron los besos previos en el despacho lo que más la perturba, sino ese momento espontáneo, nacido de la alegría compartida y la conexión que, a pesar de los años y el resentimiento, sigue intacta entre ellas. Esa naturalidad es lo que realmente la aterroriza, porque significa que lo que siente por Emma va mucho más allá de lo que puede controlar.

El partido contra el equipo de Vermont comienza con intensidad. Las jugadoras contrarias son conocidas por su juego físico, pero la UCM está preparada. Emma y Skylar han diseñado una estrategia que aprovecha la velocidad de sus delanteras para contrarrestar la fuerza bruta del equipo rival. Desde el primer minuto, la UCM domina el juego. Kate lidera al equipo con determinación, ejecutando las jugadas planeadas con precisión milimétrica. Anabel, por su parte, muestra una confianza renovada en la portería, comunicándose claramente con la defensa.

Emma observa desde el banquillo, haciendo ajustes tácticos y rotando a las jugadoras. Skylar permanece a su lado, haciendo observaciones y sugerencias que Emma implementa sin discusión. Su comunicación en el ámbito profesional es fluida, como si hubieran trabajado juntas durante años en lugar de semanas.

—Robinson está agotada —comenta Skylar a mitad del segundo periodo—. Deberíamos sustituirla por Miller.

Emma asiente, realizando el cambio de inmediato. La jugadora fresca trae nueva energía al ataque, y minutos

después, la UCM anota su segundo gol, ampliando su ventaja.

Cuando la bocina final suena, el marcador muestra un contundente 3-0 a favor de la UCM. Las jugadoras estallan en gritos de alegría, abrazándose sobre el hielo. Emma nota que Skylar mantiene una distancia prudencial, felicitando a las chicas de forma individual, pero evitando acercarse a donde ella está. Emma hace lo mismo, consciente de que ambas temen repetir lo ocurrido en la celebración anterior.

Sin embargo, inevitablemente, sus miradas se cruzan por encima de las cabezas de las jugadoras. A pesar de su determinación, Emma no puede evitar sonreír ante la expresión de júbilo en el rostro de Skylar. Es una sonrisa sincera, nacida del orgullo por el desempeño del equipo y de la satisfacción compartida. Skylar le devuelve la sonrisa con la misma intensidad, sintiendo un cosquilleo que se extiende desde su pecho hasta la punta de sus dedos. La sensación es tan abrumadora que pierde momentáneamente el equilibrio, trastabillando sobre el hielo. Kate la sujeta del brazo justo a tiempo.

—¿Todo bien, entrenadora? —pregunta la capitana con una sonrisa curiosa.

—Perfectamente —responde Skylar, enderezándose y apartando la mirada de Emma—. Solo es la emoción del momento.

La cena en el restaurante del hotel transcurre entre risas y conversaciones animadas. Las jugadoras celebran la victoria, reviviendo los momentos destacados del partido. Kate, sentada junto a Anabel, relata con entusiasmo la parada crucial que la portera realizó en el tercer periodo, provocando un intenso sonrojo en Anabel que hace sonreír a Emma.

—¡Chicas! —anuncia Robinson poniéndose de pie—. Hay un local a dos calles de aquí con karaoke y buena música. ¿Quién se apunta?

La mayoría de las jugadoras responde con entusiasmo, empujando sus sillas hacia atrás.

—Recordad que tenemos que regresar temprano mañana —advierte Emma—. No quiero tener que ir de puerta en puerta para despertaros.

—Descuide, entrenadora —asegura Kate, asumiendo su rol de capitana responsable—. Las traeré de vuelta antes de medianoche.

Emma asiente, observando cómo el grupo se dirige hacia la salida. Skylar, que ha permanecido callada durante la mayor parte de la cena, se vuelve hacia ella cuando por fin se quedan solas.

—Creo que deberíamos hablar —dice con voz suave pero decidida.

Emma siente que su corazón se acelera. Ha estado evitando esta conversación desde que comenzaron a trabajar juntas, pero sabe que no pueden seguir así eternamente y quizá este no sea mal momento.

—Está bien —accede por fin—. ¿Aquí o...?

—El bar del hotel parece tranquilo —sugiere Skylar, señalando hacia el espacio contiguo donde algunas mesas están vacías—. Podríamos tomar algo.

Emma asiente, levantándose de la mesa. Ambas caminan en silencio hasta el bar, eligiendo una mesa apartada que ofrece cierta privacidad. Un camarero se acerca de inmediato.

—Gin-tonic para mí —pide Emma.

—Lo mismo —añade Skylar.

Cuando el camarero se retira, un silencio incómodo se instala entre ellas. Emma observa a Skylar, que parece estar luchando internamente para encontrar las palabras adecuadas mientras juega con una servilleta hasta destrozarla.

Skylar abre la boca para hablar, pero se detiene. Había ensayado mentalmente esta conversación muchas veces, pero ahora, sentada frente a Emma, todas sus palabras preparadas le parecen inadecuadas. Considera mencionar a Eric, explicar la complicada situación en la que se encuentra, pero algo la detiene. ¿Cómo hablar de una relación que, desde que volvió a ver a Emma, siente que está en medio de una cuenta atrás? Ni

siquiera ella entiende lo que está pasando en su interior; su mente es un caos de emociones contradictorias.

El camarero regresa con las bebidas, proporcionando una breve interrupción. Emma toma un largo trago de su gin-tonic y Skylar por fin se decide a romper el silencio.

—No sé qué me pasa contigo, Emma —dice directamente—. Pero cuando te tengo delante, me cuesta mucho controlar las ganas de besarte.

Emma levanta la mirada, sorprendida por la franqueza de Skylar.

—Y ¿qué esperas que responda yo a eso? —pregunta nerviosa.

Emma la mira fijamente, esperando una respuesta que aclare la situación, que explique por qué Skylar sigue iniciando algo que nunca termina, por qué la besó hace ocho años solo para desaparecer después.

Skylar suspira abatida, pasándose una mano por el pelo.

—No lo sé, Emma —admite finalmente—. Ni yo misma me entiendo. Pero lo último que deseo es hacerte daño.

La risa amarga de Emma corta el aire entre ellas como un cuchillo.

—Ya no puedes hacerme más daño del que me hiciste —responde, levantándose abruptamente—. Buenas noches, Jenkins.

Sin esperar respuesta, Emma se dirige hacia los ascensores. Skylar reacciona con rapidez, dejando un billete sobre la mesa antes de seguirla.

—Emma, espera —le pide, acelerando el paso para alcanzarla—. Por favor, no te vayas así.

Emma mantiene su paso firme, ignorando las miradas curiosas de los otros huéspedes del hotel. Skylar la sigue hasta el ascensor, donde ambas entran en silencio. La puerta se cierra, dejándolas solas en el reducido espacio.

—Por favor, mírame —pide Skylar en voz baja.

Emma continúa mirando fijamente los números que indican los pisos, con la mandíbula tensa y el pulso acelerado. Cuando

el ascensor se detiene en su planta, sale con rapidez y se dirige a la habitación. Skylar la sigue, cada vez más frustrada.

—¿Podemos hablar como adultas? —insiste mientras Emma desliza la tarjeta en la cerradura.

La puerta se abre y Emma entra, pero antes de que pueda cerrarla, Skylar se desliza dentro de la habitación.

—¿Qué quieres de mí, Skylar? —pregunta Emma finalmente, girándose para enfrentarla.

Sus miradas se encuentran y, en ese momento, algo vuelve a cambiar en el ambiente. La frustración y el resentimiento son reemplazados por una urgencia más primitiva e innegable. El fuego que siempre ha existido entre ellas comienza a arder y Skylar no puede contenerse más. Cruza la distancia que las separa en dos pasos y coge el rostro de Emma entre sus manos, uniendo sus labios en un beso desesperado. No hay vacilación esta vez, no hay retirada. Solo existe este momento, esta necesidad que ha estado creciendo dentro de ella desde que volvió a ver a Emma.

Emma responde al instante, aferrándose a la cintura de Skylar con las manos, atrayéndola más cerca. Sabe que esto solo le causará más dolor, que mañana lamentará esta debilidad, pero ahora mismo no puede pensar en nada más que en el sabor de los labios de Skylar, en la suavidad de su piel bajo sus dedos. Se mueven juntas como en una danza sincronizada, hasta que la parte trasera de las rodillas de Emma chocan contra el borde de la cama. Sin romper el beso, Skylar la empuja con suavidad y ambas caen sobre el colchón. Sus cuerpos se acoplan perfectamente, como piezas de un rompecabezas destinadas a encajar.

Emma siente que cada nervio de su cuerpo está vivo, hipersensible a cada roce de Skylar. Ha soñado con este momento durante años, ha imaginado mil veces cómo sería estar así con ella. La realidad supera cualquier fantasía. Las manos de Skylar exploran su cuerpo con una mezcla de urgencia y reverencia que la deja sin aliento.

—No te detengas —susurra Emma contra la piel del cuello de Skylar.

Skylar se estremece ante estas palabras, sintiendo cómo reverberan dentro de ella, despertando emociones que ha mantenido sepultadas durante años. Nunca ha estado así con una mujer y la delicadeza de las caricias de Emma la asombra. Hay una suavidad en sus roces que nunca ha experimentado, una comprensión intuitiva de su cuerpo que la hace sentir vulnerable y protegida a la vez.

Cuando Emma desliza sus labios por su clavícula, Skylar cierra los ojos, permitiéndose sentir plenamente cada sensación. La piel de Emma es suave bajo sus dedos y su aroma envuelve sus sentidos. Existe una intimidad en este intercambio que trasciende lo físico; es el reconocimiento de algo que siempre ha existido entre ellas, una conexión que ninguna de las dos ha podido romper a pesar de la distancia y el tiempo.

Las prendas caen una a una, revelando centímetro a centímetro de piel que es explorada con dedos y labios ansiosos. Emma observa a Skylar con asombro, memorizando cada detalle, temerosa de que este momento se desvanezca como un sueño al amanecer. Skylar se maravilla ante las nuevas sensaciones que la invaden. La manera en que Emma sabe a la perfección dónde tocar, cómo tocar, el ritmo perfecto que la lleva cada vez más alto. Es abrumador, pero de la forma más hermosa posible.

Cuando Skylar encaja su sexo contra el de Emma y comienzan a moverse al unísono, Emma siente que podría llorar. Hay tanto amor en cada caricia que otorga, tanto anhelo acumulado durante años que ahora se desborda. Sabe que está entregándose completamente, que cada toque revela lo que nunca ha dejado de sentir por Skylar.

Skylar se aferra a Emma mientras la intensidad crece, su respiración entrecortada mezclándose con suspiros y gemidos suaves. Nunca ha experimentado algo tan poderoso, tan completo. Es como si Emma no solo conociera su cuerpo, sino también su alma. El orgasmo las alcanza casi al mismo tiempo,

intenso y arrollador. Se aferran una a la otra mientras las olas de placer recorren sus cuerpos y sus nombres escapan de sus bocas.

Después, se quedan entrelazadas mientras sus respiraciones se van normalizando. Skylar, abrumada por lo que acaba de vivir, traza dibujos sobre la piel desnuda del hombro de Emma, mientras Emma mantiene un brazo protector alrededor de su cintura. El silencio entre ellas es cómodo ahora, cargado de una intimidad que ninguna se atreve a perturbar. Pero hay preguntas que han esperado demasiado tiempo para ser formuladas.

—¿Por qué te fuiste? —pregunta Emma finalmente—. Después de aquel beso, ¿por qué te marchaste sin decir nada?

Skylar traga saliva, sintiendo cómo el nudo en su garganta se tensa. La pregunta que ha temido durante ocho años acaba de llegar y no está preparada.

—Tuve miedo —responde después de un largo momento.

Emma se gira ligeramente para mirarla.

—¿De qué?

Skylar cierra los ojos, incapaz de enfrentarse a la mirada de Emma mientras la verdad pugna por salir de su interior. ¿Cómo explicar el torbellino que sintió después de aquel beso? ¿Cómo describir el terror que la invadió al darse cuenta de que se había enamorado de Emma, que lo que sentía era tan profundo que la abrumaba por completo? No solo era la intensidad de sus emociones lo que la asustó, sino también el miedo a la reacción de su familia si admitía que le gustaba una mujer. El peso de las expectativas, la presión de su apellido, el temor al rechazo y al juicio.

—No lo sé —miente finalmente, odiándose por su cobardía —. Simplemente no pude enfrentarlo.

Emma la observa en silencio, detectando la mentira pero decidiendo no presionar más. El dolor de la evasiva de Skylar es evidente, pero también lo es su incapacidad para ser completamente honesta.

—Está bien —dice Emma, aunque ambas saben que no lo está.

Se acomoda de nuevo, atrayendo a Skylar contra su pecho. Por esta noche, se permitirá disfrutar de este momento, dejando las preguntas sin respuesta para otro momento. Ya habrá tiempo para el dolor que inevitablemente llegará cuando la realidad vuelva a interponerse entre ellas.

Capítulo 8

El sol apenas comienza a filtrarse por las cortinas entreabiertas cuando el estridente sonido del teléfono despierta a Emma. Desorientada, extiende el brazo para silenciarlo y se encuentra con el cuerpo cálido de Skylar presionado contra el suyo. Los recuerdos de la noche anterior inundan su mente inmediatamente: las caricias, los suspiros y la intimidad compartida.

Observa el reloj digital y la alarma la invade.

—Skylar —dice, sacudiendo suavemente el hombro de la mujer dormida a su lado—. Despierta. Son las 8:40.

Skylar gruñe y se gira, enterrando su rostro en la almohada.

—Cinco minutos más —murmura entre sueños, sintiéndose agotada.

—El autobús sale a las 9:00 —insiste Emma, casi saltando de la cama—. Nos hemos quedado dormidas.

La mención del autobús actúa como un jarro de agua fría y Skylar se incorpora de golpe.

—Mierda, ¿en serio? —exclama, buscando con desesperación su teléfono—. ¡Puse la alarma para las 7:30!

—Es evidente que no la activaste —responde Emma sin mirarla, mientras busca su ropa por la habitación—. Tenemos quince minutos para estar abajo.

Lo que sigue es una carrera contra el tiempo. Ambas se mueven por la habitación en un baile caótico, vistiéndose y recogiéndolo todo a una velocidad vertiginosa. Apenas intercambian palabras más allá de «perdón» cuando chocan accidentalmente o «¿has visto mi...?» cuando algo no aparece.

En cierto modo, Emma agradece esta prisa. Evita la conversación incómoda que inevitablemente tendría que seguir

a lo que ocurrió anoche. ¿Qué diría de todos modos? ¿Que sigue enamorada de Skylar después de ocho años? ¿Que cada caricia y cada beso, solo ha servido para confirmar lo que ya sabía? No, es mejor así. El silencio es más seguro ahora mismo, al menos hasta que pueda procesarlo.

Skylar, por su parte, siente un alivio similar. Su mente es un torbellino de emociones contradictorias. La noche con Emma ha sido reveladora en formas que no se atreve a examinar en este instante. Nunca había experimentado una conexión tan real, tal plenitud con nadie. Y eso la aterroriza. Está Eric esperando sus llamadas, está su carrera, su familia, sus planes... y luego está Emma, que lo desestabiliza todo con su mera presencia.

Consiguen llegar al vestíbulo justo cuando el conductor del autobús hace sonar la bocina. Las jugadoras ya están subiendo, algunas con expresiones de sueño, otras intercambiando risas sobre la noche anterior.

—Pensábamos que tendríamos que ir a buscarlas, entrenadora —comenta Kate con una sonrisa cuando las ve aparecer de forma apresurada por la puerta del hotel.

—Reunión táctica de última hora —responde Skylar con rapidez, evitando cruzar la mirada con Emma—. Hemos perdido la noción del tiempo.

Kate asiente, aparentemente satisfecha con la explicación, y sube al autobús. Emma y Skylar la siguen, sentándose juntas por necesidad, ya que son los únicos asientos disponibles. Durante el trayecto de regreso, mantienen una conversación superficial sobre estrategias para los próximos partidos, ambas agradecidas por tener un tema seguro sobre el que hablar que les evite el silencio que sin duda sería incómodo.

Las siguientes dos semanas transcurren en un extraño limbo. En público, Emma y Skylar mantienen una relación estrictamente profesional. Colaboran en los entrenamientos, analizan a los equipos rivales y celebran las victorias del equipo con el decoro apropiado. Pero en privado, una corriente diferente fluye entre ellas. A veces, es una mirada que se

mantiene más tiempo del necesario. Otras, un roce accidental que genera un silencio tenso. Y en ocasiones, cuando todo el equipo se ha marchado y el edificio está casi vacío, terminan en el despacho de Emma, con papeles esparcidos sobre la mesa mientras sus cuerpos encuentran de nuevo ese ritmo perfecto y satisfactorio que descubrieron en el hotel.

Emma se dice a sí misma que puede manejar esto. Que puede separar lo físico de lo emocional, disfrutar de Skylar sin entregarse completamente. Esta vez no espera nada, no se permitirá soñar con un futuro juntas. El sexo es bueno, mejor de lo que hubiera imaginado, y si eso es todo lo que Skylar puede ofrecerle, lo aceptará hasta que se marche. Se protegerá manteniendo la distancia emocional, sin hacer preguntas difíciles, sin exigir definiciones o promesas.

Skylar, mientras tanto, vive en un estado de ansiedad constante. Ha visto a Eric solo en dos ocasiones durante estas semanas, inventando excusas sobre entrenamientos que se alargan y partidos adicionales. La primera vez, cuando intentó besarla, ella desvió el rostro de forma instintiva, ofreciéndole la mejilla en su lugar. La segunda, ni siquiera pudo hacer eso. Se sentó frente a él en un restaurante, escuchando sus reproches por su falta de tiempo mientras su mente revivía los momentos con Emma.

Debería terminar con él. Skylar lo sabe. Es injusto mantenerlo esperando cuando su corazón está claramente en otro sitio. Pero hacerlo significaría admitir lo que siente por Emma, significaría abrir una puerta que ha mantenido firmemente cerrada durante ocho años. Y el miedo a lo que hay detrás de esa puerta la paraliza. La ansiedad crece día a día, manifestándose en noches de insomnio y una tensión que ni siquiera sus encuentros con Emma logran disipar completamente.

El gimnasio vibra con la energía de un entrenamiento intenso. Las jugadoras se deslizan por el hielo ejecutando

ejercicios de transición defensiva mientras Emma y Skylar observan desde diferentes puntos de la pista.

—Buen movimiento, Robinson —elogia Skylar cuando la jugadora ejecuta a la perfección un giro seguido de un pase largo—. Eso es lo que quiero en el partido del sábado.

Emma asiente en silencio, apreciando la forma natural en que Skylar interactúa con las jugadoras. Hay un flujo más suave entre ellas hoy, una sincronía que se ha ido desarrollando de manera gradual en estas semanas. Los encuentros privados han liberado parte de la tensión que antes enturbiaba su comunicación profesional.

—Formación para power play —indica Emma, haciendo sonar su silbato—. Quiero ver la variación que practicamos ayer.

Las jugadoras se posicionan con rapidez. Kate, como siempre, se mueve con la confianza de alguien que conoce perfectamente su rol, dirigiendo a sus compañeras con gestos precisos.

—Chen, más atenta a tu derecha —señala Emma—. Estás dejando descubierto ese ángulo.

Anabel ajusta su posición con un movimiento fluido. Ha mostrado una mejora constante en las últimas semanas, su confianza crece en paralelo a su rendimiento hasta que, en medio del ejercicio, una voz femenina grita desde las gradas.

—¡Kate! ¡Aquí arriba!

Todas las miradas, incluida la de Emma, se giran hacia la fuente del sonido. Una joven de pelo oscuro y sonrisa brillante saluda con entusiasmo desde la tercera fila. Kate levanta la mano, devolviendo el saludo con una sonrisa.

—¡Megan! ¡Dame diez minutos! —responde, antes de volver su atención al juego.

Emma nota inmediatamente el cambio en Anabel. Como si un interruptor hubiera sido accionado, la fluidez de sus movimientos desaparece, reemplazada por una rigidez que no había mostrado en semanas. Cuando Kate le pasa el disco, Anabel reacciona con retraso, permitiendo que el tiro pase junto a ella y se cuele en la portería.

—¡Chen! —grita Skylar, patinando hacia ella—. Concéntrate en el disco, no en las gradas. Mantén los ojos en el juego.

Anabel asiente, y el rubor le cubre las mejillas. Intenta recomponerse, pero es evidente que algo ha cambiado. Su confianza se ha evaporado, y cada vez que Kate se acerca a su posición, parece encogerse.

Emma intercambia una mirada con Skylar, a estas alturas, ambas tienen claro lo que le pasa. No es la primera vez que notan cómo la presencia de Kate afecta a Anabel, pero nunca había sido tan evidente como ahora.

—Terminamos por hoy —anuncia Emma, consultando su reloj—. Buen trabajo, chicas. Donovan, quiero que revises esos pases cortos. Chen, mañana trabajaremos en tu concentración.

Mientras el equipo se dirige a los vestuarios, Kate patina hacia la salida donde Megan la espera. Se quita los patines con rapidez y, tras un breve intercambio con la joven, ambas se abrazan con una familiaridad que no pasa desapercibida para nadie. Desde la portería, Anabel observa la escena sin moverse. Todavía completamente equipada, no ha hecho ningún movimiento para unirse al resto del equipo en los vestuarios. Su expresión, normalmente reservada, ahora muestra una devastación que resulta dolorosa de presenciar.

Kate y Megan se alejan juntas, riendo y conversando, ajenas al impacto de su interacción. La puerta se cierra tras ellas, pero Anabel continúa mirando el espacio vacío donde estuvieron, como si pudiera cambiar lo ocurrido con la pura fuerza de su deseo.

Emma se acerca a Skylar, que también observa a la joven portera.

—Esto podría ser un problema —comenta en voz baja.

Skylar asiente, pasándose una mano por el pelo.

—Más que un simple enamoramiento, ¿verdad? —responde, con el tono igual de bajo—. Deberíamos hablar con ella.

—Ahora, no —decide Emma—. Dejémosla procesar lo que ha visto. Mañana veremos cómo está.

Skylar está de acuerdo y ambas comienzan a recoger el equipo, lanzando miradas de reojo hacia la solitaria figura de Anabel, que finalmente se mueve con lentitud, como si cada movimiento le costara un esfuerzo enorme.

La imagen de la joven, herida por un amor no correspondido, conmueve profundamente a las dos entrenadoras, aunque ninguna se atreve a decirlo en voz alta. Porque a pesar de la intimidad física que han compartido, ambas siguen atrapadas en sus propios círculos de miedo y protección, incapaces de enfrentarse a la verdad de lo que sienten la una por la otra.

Capítulo 9

El vaho de las respiraciones se condensa en pequeñas nubes frente a los rostros de las jugadoras mientras caminan hacia la entrada del pabellón. La temperatura ha descendido notablemente en los últimos días, anunciando que se aproxima el invierno. Kate lidera al grupo, como de costumbre, compartiendo anécdotas que arrancan risas ocasionales a sus compañeras.

Skylar ya está en la entrada, sosteniendo la puerta mientras revisa algo en su teléfono. Levanta la mirada cuando escucha las voces de las chicas acercándose.

—Hola, chicas —saluda con una sonrisa—. Espero que vengáis con energía porque hoy tenemos trabajo intenso.

Las jugadoras le responden con una mezcla de gemidos teatrales y murmullos ansiosos. Kate está a punto de entrar cuando algo capta su atención en la grada, haciendo que se aparte del grupo. Skylar sigue la dirección de su mirada y distingue a la misma chica de la tarde anterior: Megan, la amiga de Kate, se ha levantado y avanza hacia la jugadora.

El intercambio es breve, comentan algo, sonríen y se dan un abrazo antes de que Kate regrese con el grupo sin esconder una amplia sonrisa. Y entonces Skylar se fija de inmediato en Anabel, que se ha quedado rezagada del grupo, observando la escena desde la distancia. Su postura habla por sí sola: hombros caídos, mirada esquiva y un suspiro apenas perceptible que escapa de sus labios. Sin esperar a que Kate se acerque, la portera entra en la pista, sola y abatida.

Skylar frunce el ceño, sintiendo una punzada de empatía. Reconoce esa expresión de derrota demasiado bien; es la

misma que ha visto en su propio reflejo durante estas semanas de confusión emocional.

Está tan concentrada en la figura de Anabel alejándose que no se da cuenta de que Emma se acerca hasta que prácticamente choca con ella.

—Ten cuidado, Jenkins —le advierte Emma, estabilizándose con una mano en el brazo de Skylar.

El contacto, aunque es breve, envía una corriente eléctrica por la columna vertebral de Skylar. Se queda paralizada, absorbiendo cada detalle de Emma: el ligero rubor en sus mejillas por el frío, algunos mechones rubios escapando de su coleta perfecta y la intensidad de sus ojos que parecen leer cada uno de sus pensamientos.

Skylar sabe que no puede continuar así o la situación acabará con su cordura. La situación con Eric sigue sin resolverse y su culpabilidad crece con cada día que pasa, y estos momentos con Emma solo intensifican su confusión interna.

—¿Estás bien? —pregunta Emma, frunciendo el ceño ante el silencio prolongado de Skylar.

—Sí, claro —responde Skylar, mintiendo de manera descarada—, pero Anabel no. Mira.

Con un gesto discreto de cabeza, señala hacia la grada donde la amiga de Kate parece dispuesta a esperar durante todo el entrenamiento a que la capitana termine.

—La amiga de Donovan ha vuelto —explica—. Y Anabel se ha hundido en la miseria.

Emma sigue la mirada de Skylar y asiente torciendo los labios en una mueca de frustración.

—Deberíamos hablar con ella —sugiere Skylar—. Esto va a afectar su rendimiento.

—Lo haremos —decide Emma—. Después del entrenamiento. Ahora concentrémonos en mantenerla enfocada lo mejor posible.

El entrenamiento comienza como cualquier otro día: estiramientos, calentamiento sobre patines y ejercicios básicos de control. Pero desde los primeros minutos queda claro que Anabel no está en su mejor momento. Sus movimientos, habitualmente precisos y controlados, son erráticos y descoordinados. Cuando comienzan los ejercicios de tiro a portería, su atención parece estar en cualquier lugar excepto en el disco.

—¡Concéntrate, Chen! —le advierte Emma cuando un tiro sencillo pasa limpiamente entre las piernas de la portera.

Anabel asiente, pero su mirada sigue desviándose hacia Kate, quien ejecuta sus ejercicios con energía, ajena al escrutinio de la portera. Skylar se acerca a Emma, que observa la situación resoplando.

—Está completamente distraída —comenta en voz baja—. ¿Deberíamos sacarla por hoy?

—Démosle una oportunidad más —responde Emma—. A veces estas situaciones mejoran cuando entran en calor.

Pero la situación no mejora. Durante el siguiente ejercicio, Robinson lanza un tiro potente que Anabel apenas intenta bloquear. El disco rebota en el poste y regresa directo hacia ella. En un intento tardío por detenerlo, Anabel realiza un movimiento brusco y desequilibrado que la hace caer de costado sobre el hielo.

Emma no espera más. Patina con rapidez hacia la portera, quien ya se está incorporando con expresión avergonzada.

—¿Estás bien? —pregunta Emma, con un tono más suave de lo habitual.

—Sí, entrenadora —murmura Anabel, evitando su mirada—. Lo siento, no sé qué ha pasado.

Emma sí lo sabe, pero no se lo dice.

—Te veo muy despistada hoy, Chen —comenta con una sonrisa—. ¿Por qué no te tomas un descanso? Miller puede cubrir la portería mientras tanto.

Anabel parece a punto de protestar, pero sabe que la entrenadora no se lo está preguntando, en realidad es una

orden, así que, finalmente asiente y patina hacia el banquillo junto a ella.

El resto del entrenamiento transcurre sin incidentes. Emma y Skylar intercambian miradas de vez en cuando, ambas conscientes de que la situación con Anabel requiere atención inmediata. Cuando Emma hace sonar el silbato indicando el final, Kate, como el día anterior, apenas espera a que Emma les dé las últimas indicaciones antes de dirigirse hacia donde ha dejado sus cosas. Se quita los patines con movimientos rápidos y se calza sus zapatillas deportivas.

—¡Buen entrenamiento, chicas! Nos vemos mañana —se despide con una sonrisa, caminando con rapidez hacia su amiga.

Varias jugadoras la observan marcharse con expresiones que oscilan entre la curiosidad y la diversión, salvo Anabel, que se mantiene cabizbaja.

—Chen, quédate un momento, por favor —le pide Emma mientras las demás comienzan a dispersarse hacia los vestuarios.

Anabel asiente, tampoco tiene ganas de moverse. Cuando la última jugadora abandona la pista, Emma y Skylar se acercan a ella, que permanece sentada en el banquillo, mirando fijamente sus patines.

—Anabel —dice Emma—. ¿Estás enamorada de Kate?

La pregunta, lanzada sin preámbulos, hace que Anabel levante la cabeza con brusquedad, con los ojos abiertos por la sorpresa mientras sus mejillas se ponen rojas como un tomate maduro.

Skylar le lanza una mirada fulminante a Emma, sorprendida por su falta de tacto.

—Yo... —balbucea Anabel, abrumada por la pregunta tan directa—. Yo...

Skylar se sienta junto a ella, ofreciendo una presencia más cercana y comprensiva.

—Está bien si lo estás —dice con suavidad—. No estamos aquí para juzgarte.

Anabel mira a ambas entrenadoras de forma alternativa, evaluando si puede confiar en ellas. Finalmente, sus hombros se hunden en señal de rendición.

—No pasa nada por admitirlo —añade Emma, más pausada —. ¿Lo estás?

—Sí —confiesa en un susurro—. Lo siento mucho por mi comportamiento en la pista. Sé que no es profesional.

—No tienes que disculparte por tus sentimientos —responde Emma, sorprendiendo a Skylar con su tono comprensivo—. Pero sí que necesitas encontrar una manera de gestionarlos para que no afecten a tu rendimiento.

—Deberías hablar con Kate —sugiere Skylar, ganándose una mirada incrédula de Anabel.

—¿Para qué? —pregunta la portera con una risa amarga—. Es obvio que está saliendo con esa chica.

—En realidad, no sabemos qué tipo de relación tienen —señala Skylar—. Podrían ser solo amigas.

—Pero incluso si no lo son, si no le dices lo que sientes, siempre te arrepentirás de no haberlo intentado —añade, sintiendo que la mirada ambarina de Emma se clava en ella—. Créeme, el remordimiento por las cosas no dichas es mucho peor que el rechazo, Anabel.

Las palabras de Skylar generan un momento de tensión entre ella y Emma que se agrava con la pregunta de Anabel.

—¿Usted y la entrenadora Mathews están juntas? —pregunta Anabel de repente, mirando de una a otra con curiosidad.

La pregunta cae como una bomba sobre ambas. Skylar siente que su cuerpo se congela mientras su corazón amenaza con salirse de su cuerpo. Su boca se abre, pero es incapaz de formular una respuesta coherente. Emma, tras un momento de sorpresa inicial, se aprieta el puente de la nariz con dos dedos para tratar de centrarse.

—No, no lo estamos —afirma con una tranquilidad que sorprende a Skylar—. Pero no estamos hablando de nosotras, Anabel. Estamos hablando de ti y de lo que sientes por Kate.

Anabel parece sorprendida por la respuesta, pero Emma continúa sin darle tiempo a que haga más comentarios sobre ellas.

—Tienes que soltarlo, expresarlo de alguna manera —insiste—. Si no lo haces, seguirá creciendo dentro de ti hasta que no puedas concentrarte en nada más. Y en la pista, necesitamos que estés completamente presente.

Skylar observa a Emma mientras habla, percibiendo el peso personal que cargan sus palabras. Está hablando desde la experiencia, desde el conocimiento íntimo de lo que significa guardar sentimientos no expresados durante años. Y aunque su consejo está dirigido a Anabel, Skylar no puede evitar sentir que también está hablando para ella, desafiándola en silencio a seguir su propio consejo.

—Si no lo expresas, no podrás darlo todo —concluye Emma, y sus ojos se desvían brevemente hacia Skylar antes de regresar a Anabel—. Y tanto en el amor como en el hockey, quedarse a medias nunca es suficiente. Te arrepentirás si no se lo dices, Anabel.

Anabel asiente, absorbiendo el consejo, mientras Skylar se queda inmóvil, sintiendo que cada palabra de Emma ha penetrado en lo más profundo de su ser, desafiándola a enfrentar sus propios miedos y a tomar una decisión.

Capítulo 10

Anabel se aleja hacia los vestuarios con los hombros menos hundidos que antes, como si la conversación hubiera aligerado de algún modo la carga que lleva. Emma la observa marcharse, reconociendo en su postura algo que resulta familiar: la lucha interna entre el miedo y la esperanza.

Cuando la puerta de los vestuarios se cierra tras Anabel, un silencio tenso se instala entre Emma y Skylar. Están solas en la pista, rodeadas por el suave zumbido del sistema de refrigeración y el eco de sus propias respiraciones.

—¿Tienes algo que hacer ahora? —pregunta Emma, rompiendo el silencio mientras recoge la libreta donde anota las jugadas—. Deberíamos repasar las estrategias para el siguiente partido.

Skylar consulta su reloj, aunque ya sabe la respuesta. Ha estado evitando a Eric durante días y no encuentra un motivo para no hacerlo ahora.

—Sí, claro. Puedo quedarme un par de horas —dice, y de inmediato se la comen los remordimientos.

Emma asiente, inexpresiva.

—Bien. Vamos a mi despacho entonces.

Caminan juntas por el pasillo vacío. Ninguna habla, pero ambas son muy conscientes de la corriente subterránea que fluye entre ellas. Ha sido así desde aquel primer encuentro en el hotel: cualquier momento a solas siempre las conduce al mismo lugar, como si estuvieran atrapadas en una danza cuyos pasos están predeterminados.

Skylar intenta mantener a raya el deseo que ya comienza a formarse en su vientre. Se dice a sí misma que esta vez no pasará nada, que no puede seguir engañando a Eric de esta

manera. Ni a Eric ni a sí misma, ni a la propia Emma en cierto modo. Toma la decisión mientras camina junto a ella, lo dejará hoy mismo. Hoy romperá con él y después ya verá cómo se enfrenta a todo lo demás, pero si no da un paso y empieza a hacer las cosas bien, está segura de que se volverá completamente loca. Además, es injusto para Eric, aunque su relación sea fría desde hace tiempo.

Cuando llegan al despacho, Emma abre la puerta y Skylar la sigue al interior. Skylar está decidida a sentarse en la silla frente a Emma y no moverse de ahí mientras dure la reunión, pero la puerta apenas se ha cerrado cuando Emma se gira y, con un movimiento rápido y decidido que ella no ve venir, empuja a Skylar contra la pared. Sus cuerpos chocan y la respiración de Skylar se entrecorta por la sorpresa, y entonces los labios de Emma están sobre los suyos, exigentes, furiosos y hambrientos.

La voluntad de Skylar se evapora. Cuando Emma la toca, algo se apaga en su cerebro. Es como si una corriente eléctrica cortocircuitara todas sus neuronas cuando ella la roza, dejándola incapaz de pensar en nada más allá de la sensación de esos labios contra los suyos, de esas manos expertas que ya se deslizan bajo su camiseta.

—Emma... —intenta protestar, pero su voz suena más como un gemido que como una súplica.

Emma no responde con palabras, no puede, la presencia de Skylar a veces la ciega. Sus manos descienden, desabrochando el pantalón de Skylar con destreza. Sin interrumpir el beso, lo baja junto con la ropa interior hasta los muslos.

Skylar siente el aire frío contra su piel expuesta, un contraste delicioso con el calor que emana del cuerpo de Emma. Luego, para su sorpresa, Emma rompe el beso y se desliza hacia abajo, poniéndose de rodillas frente a ella.

—Emma… —comienza Skylar otra vez, pero la frase muere en su garganta cuando siente la boca de Emma entre sus piernas.

Un gemido involuntario escapa de sus labios mientras sus manos se enredan en el pelo rubio de Emma. La sensación es

abrumadora, un placer tan intenso que hace que a Skylar se le borre cualquier pensamiento coherente. Sus caderas se mueven por instinto contra su boca, buscando más contacto, mientras Emma la sujeta con firmeza de las caderas, manteniéndola contra la pared.

El mundo exterior desaparece por completo. No existe nada más allá de esta habitación, de este momento, de las sensaciones que Emma despierta en su cuerpo. El orgasmo la alcanza con una intensidad que la deja sin aliento, con oleadas de placer recorriendo cada centímetro de su ser. Cuando la última onda se desvanece, Skylar siente que sus piernas ya no pueden sostenerla. Se desliza por la pared hasta quedar sentada en el suelo, con la respiración agitada y el corazón latiendo desbocado. Emma se sienta frente a ella, observándola con una mezcla de satisfacción y preocupación.

Es entonces cuando la realidad golpea a Skylar con toda su fuerza. La culpa, los remordimientos y la vergüenza por la doble vida que está llevando, todo se precipita sobre ella como una avalancha. Su respiración comienza a acelerarse más de lo que debería, pero ya no por el placer sino por el pánico. Siente como si un peso enorme presionara su pecho, impidiéndole respirar adecuadamente.

—Skylar, ¿estás bien? —pregunta Emma sin ocultar su preocupación.

Skylar intenta responder, pero las palabras no le salen. Su garganta se ha cerrado y lo único que consigue es un sonido entrecortado mientras lucha por respirar. Las lágrimas comienzan a formarse en sus ojos, no solo por la ansiedad física sino por la agonía emocional que la consume desde hace semanas.

—Ey, respira —susurra Emma, moviéndose con rapidez para sentarse a su lado—. Conmigo, ¿de acuerdo? Inspira... exhala...

Emma coge las manos temblorosas de Skylar entre las suyas, demostrándole el ritmo de respiración que debe seguir. Lentamente, Skylar comienza a sincronizarse con ella, aunque el nudo en su garganta no se disipa. La culpa por lo que está

haciendo ahora se mezcla con el remordimiento por lo que no hizo hace ocho años: enfrentarse a lo que sentía por Emma, admitir que se había enamorado de ella y aceptar lo que eso significaba. Emma, viendo que el ataque de ansiedad no cede, se mueve para sentarse detrás de Skylar, colocándola entre sus piernas y abrazándola por la espalda. El contacto es reconfortante, como un ancla en medio de la tormenta.

—¿Qué planes tienes cuando termine la temporada? —pregunta Emma en un evidente intento de distraerla, de darle algo en lo que concentrarse que vaya más allá del pánico que siente—. ¿Volverás a jugar de forma profesional?

La pregunta, tan alejada del momento actual, logra su objetivo. Skylar se enfoca en ella, permitiendo que su mente se aleje del torbellino de ansiedad.

—No lo sé —responde con la voz entrecortada—. Tal vez me tome un año sabático. Necesito pensar.

Emma parece sorprendida por la respuesta.

—¿No quieres seguir en el mundo del hockey? —pregunta, y su aliento cálido resbala contra la nuca de Skylar—. Puedes ser entrenadora, o tener tu propio equipo…

Skylar cierra los ojos, recostándose ligeramente contra el pecho de Emma mientras su respiración comienza a normalizarse poco a poco.

—Estoy cansada —admite en voz baja—. Mis años en Europa fueron buenos, pero no los disfruté del todo. Siempre me faltó algo, y ahora quiero hacer las cosas bien.

Emma guarda silencio por un momento, centrada en lo que dice. Sus brazos se tensan ligeramente alrededor de Skylar.

—¿Qué fue lo que te faltó? —pregunta en un susurro.

Skylar siente que las lágrimas vuelven a acumularse en sus ojos. La pregunta es tan directa, tan precisa, que sabe que Emma ya conoce la respuesta. Pero no puede decirlo, no todavía.

—No puedo tener esa conversación ahora —responde con la voz quebrada—. Antes tengo que solucionar otras cosas, Emma.

Emma asiente contra su pelo. Sin presionarla, pero Skylar percibe la tensión en su cuerpo, la certeza de que ambas saben exactamente de qué están hablando.

Queriendo aligerar el ambiente, Skylar cambia de tema abruptamente.

—¿Crees que deberíamos hacer algo para ayudar a Anabel? —pregunta, girándose ligeramente para mirar a Emma—. Con Kate, me refiero.

Emma levanta las cejas, sorprendida por el giro de la conversación.

—¿Cómo qué? —responde con escepticismo—. No podemos hacer de celestinas, Skylar. Y mucho menos hacer algo que pueda generarle falsas ilusiones.

—No me refiero a eso —aclara Skylar, agradecida por la distracción que supone hablar de otra persona—. Sino a crear situaciones donde gane confianza con ella. Quizás entrenamientos específicos donde tengan que cooperar estrechamente. Donde pueda hablar con ella en un entorno controlado, quizá así se atreva a confesarle lo que siente en algún momento.

Emma considera la idea por un momento y una pequeña sonrisa se forma en sus labios.

—Eso sí podemos hacerlo —concede—. Tenía planeado introducir algunos ejercicios de comunicación entre portera y defensas. Podríamos asegurarnos de que Kate esté en el grupo de Anabel.

—Sí —asiente Skylar, sintiendo que su respiración ha vuelto a la normalidad—. No estamos forzando nada, solo creando oportunidades.

—De acuerdo —dice Emma, observándola con atención—. ¿Estás mejor?

Skylar asiente, aunque "mejor" es un término relativo para ella. La ansiedad ha remitido, pero la resolución en su interior se ha fortalecido. No puede continuar así. Esta noche terminará con Eric, y después debe encontrar el valor para tener esa conversación pendiente con Emma.

Se levantan del suelo, acomodando sus ropas en un silencio ligeramente incómodo. La intensidad del momento anterior ha dejado paso a una calma extraña. Ambas saben que algo ha cambiado entre ellas hoy, que una línea invisible ha sido cruzada, aunque ninguna está completamente segura de lo que significa.

—Deberíamos irnos —dice Emma, recogiendo sus cosas—. Se hace tarde.

Skylar asiente, siguiéndola hacia la puerta.

Capítulo 11

Emma revisa por última vez las anotaciones en su bloc de notas. A su lado, Skylar observa el diagrama de los ejercicios que han planificado para esta sesión, aunque su mente parece estar en otro lugar.

—Así que dividiremos al equipo en tres grupos —explica Emma, señalando el esquema—. Cada grupo tendrá una portera y cuatro jugadoras de campo, con énfasis en la comunicación defensiva.

—Vale —asiente Skylar de forma distraída con la mirada perdida en algún punto indefinido de la pista.

—Colocaremos a Kate en el grupo de Anabel, por supuesto —continúa Emma—. El ejercicio las obligará a comunicarse constantemente para coordinar la defensa contra los ataques simulados.

Skylar vuelve a asentir, pero es evidente que apenas está procesando la información.

—Jenkins —la llama Emma empezando a cabrearse, utilizando su apellido para captar su atención—. Te necesito centrada.

Skylar parpadea, como si despertara de un trance, y se encuentra con la mirada penetrante de Emma.

—Lo siento —se disculpa, pasándose una mano por el pelo —. Estoy aquí, te escucho.

—Físicamente, tal vez —resopla Emma suavizando el tono—. Pero mentalmente estás a kilómetros de distancia. ¿Ocurre algo?

Skylar duda sobre lo que debe responder. La verdad es que no ha dormido en toda la noche. Después de salir del despacho de Emma ayer, llamó a Eric con la intención de quedar para

terminar su relación. Pero él tenía un compromiso laboral que no pudo eludir y sugirió cenar esta noche en su lugar. Pese al tiempo que lleva dilatando este momento, una vez ha tomado la decisión de hacerlo, tener que esperar un día más la ha sumido en un estado de ansiedad constante, amplificada por la culpabilidad que siente hacia todos los implicados.

—Solo estoy cansada —responde finalmente—. No he dormido muy bien.

Emma la mira durante un momento, no está muy convencida por la explicación, pero decide no presionar más.

—Te necesito aquí —insiste, recuperando su tono profesional —. El equipo merece nuestra atención completa, si no puedes…

—Lo sé —la corta Skylar, irguiéndose de repente—. No volverá a ocurrir. Lo siento.

Emma asiente antes de hacer sonar su silbato, llamando a las jugadoras que ya terminan su calentamiento individual.

—¡Atención, chicas! —anuncia con voz clara y firme—. Hoy trabajaremos en comunicación defensiva. Quiero que entendáis que, en el hielo, hablar puede ser tan importante como patinar.

Las jugadoras se reúnen alrededor de ambas entrenadoras, atentas y listas para la acción. Skylar nota que Anabel lanza miradas furtivas hacia Kate, quien conversa con Robinson.

—División en tres grupos —continúa Emma, consultando su lista—. Grupo uno: Donovan, Chen, Miller, Thompson y Rodríguez.

Skylar observa la reacción sutil de Anabel al escuchar que estará en el mismo grupo que Kate. Un ligero rubor tiñe las mejillas de la portera, pero también hay un destello de determinación en sus ojos que no estaba allí ayer.

Mientras las jugadoras se separan en sus grupos asignados, Skylar se acerca a Anabel con la excusa de ajustar algunos detalles de su equipamiento.

—Recuerda, la comunicación es clave —le dice en voz baja —. Kate necesita saber que estás ahí, respaldándola. No tengas miedo de alzar la voz.

Anabel asiente, tragando con dificultad.

—Lo intentaré —asegura intentando que su voz suene firme.

El entrenamiento comienza y, como era de esperar, Anabel muestra cierta rigidez al principio. Sus indicaciones a Kate son tímidas, casi inaudibles, y sus movimientos están teñidos de la misma inseguridad que ha mostrado en los últimos días.

Emma y Skylar intercambian miradas de preocupación, pero deciden darle tiempo. El ejercicio es exigente: las atacantes simulan diferentes aproximaciones, obligando a la defensa a reorganizarse constantemente bajo la dirección vocal de la portera.

—¡Chen! —llama Emma después de una jugada particularmente descoordinada—. Necesito que seas más clara. Si Donovan no puede oírte, no puede ajustar su posición.

Kate se gira hacia Anabel y le sonríe, Anabel por poco tropieza.

—Vamos, Anabel —la anima—. Sé que tienes buena visión de juego. Guíame.

Algo en el tono de Kate, o quizás en la confianza que transmite, parece activar un interruptor en Anabel. En la siguiente jugada, su voz resuena con sorprendente claridad.

—¡Kate, izquierda! ¡Cuidado con Thompson!

Kate reacciona de inmediato, moviéndose para interceptar el ataque por la izquierda. La jugada es perfecta, y la sonrisa que Kate le dirige a Anabel podría iluminar todo el pabellón.

—¡Así es como se hace! —exclama Kate, patinando hasta Anabel para chocar sus guantes para celebrarlo.

Anabel sonríe y el rubor en sus mejillas ahora parece más de satisfacción que de vergüenza.

Desde ese momento, algo cambia en la dinámica entre ellas. La comunicación fluye con creciente naturalidad, y el grupo funciona con una coordinación que no habían mostrado antes. Skylar percibe que Anabel parece especialmente animada hoy, y pronto descubre el motivo: la famosa Megan no está en las gradas.

El entrenamiento avanza con éxito. Los tres grupos rotan a través de diferentes ejercicios, pero es evidente para todos que

el grupo de Kate y Anabel muestra una sincronía especial. Cuando Emma hace sonar el silbato indicando el final de la sesión, hay un sentimiento generalizado de satisfacción.

—Buen trabajo hoy, chicas —las felicita la entrenadora—. Especialmente tú, Chen. Has mostrado una gran mejora en comunicación.

Anabel asiente con timidez, pero hay un brillo nuevo en sus ojos.

Las jugadoras comienzan a patinar hacia la salida de la pista mientras comentan el entrenamiento. Kate y Anabel, que han terminado el último ejercicio juntas, se quedan rezagadas sin pretenderlo. Emma y Skylar las observan con discreción mientras recogen el equipo.

—Parece que nuestro plan está funcionando —comenta Skylar en voz baja, con una pequeña sonrisa formándose en sus labios.

—Mmm —murmura Emma, manteniendo la vista en las dos jugadoras—. Al menos Chen ha recuperado su concentración. Eso ya es una victoria.

Skylar sigue la mirada de Emma y observa cómo Anabel parece estar reuniendo valor para algo. La joven portera respira profundamente y luego, justo antes de que Kate alcance la salida, extiende su mano para detenerla suavemente por el brazo.

Kate se detiene, sorprendida, y se gira hacia Anabel con expresión interrogante.

—¿Hoy no te espera tu novia? —suelta Anabel, las palabras le salen de forma atropellada y parpadea nerviosa mientras espera la respuesta.

La expresión de Kate cambia de sorpresa a confusión, y finalmente a comprensión. Una sonrisa lenta se expande por su rostro mientras ladea la cabeza. Da un paso hacia Anabel, acercándose más de lo que sería normal entre dos compañeras de equipo.

—¿Megan? —responde Kate, bajando el tono hasta convertirlo en un susurro—. Es mi prima. Estaba de visita unos

días.

Se inclina ligeramente, acercando su boca al oído de Anabel.

—Además, las chicas como Megan no son mi tipo, a mí me gustan más tímidas, como tú —dispara Kate.

Emma y Skylar no pueden escuchar desde su posición lo que le ha dicho, pero parece tener un efecto devastador en Anabel, cuyo rostro se transforma en una mezcla de shock y alegría antes de que Kate —y esto sí lo ven— le guiñe un ojo y se dé la vuelta para dirigirse al vestuario, dejando a Anabel completamente inmóvil.

—¿Qué crees que le ha dicho? —susurra Skylar, incapaz de contener su curiosidad.

Emma está a punto de responder cuando Anabel finalmente reacciona, reanudando su marcha hacia el vestuario con pasos vacilantes y una sonrisa que amenaza con partir su rostro en dos.

—Sea lo que sea —responde Emma con una pequeña sonrisa—, parece que ha funcionado.

Ambas observan a Anabel alejarse, complacidas con el resultado de su pequeña intervención, cuando un movimiento en el extremo opuesto de la pista capta su atención. Un hombre alto, de unos treinta y tantos años, con el pelo oscuro perfectamente peinado y vestido con un traje formal, levanta una mano en señal de saludo. Skylar se queda paralizada y el color abandona su rostro tan rápidamente que Emma teme que pueda desmayarse.

—¿Lo conoces? —pregunta Emma, alternando su mirada entre el desconocido y Skylar.

Antes de que Skylar pueda responder, el hombre se acerca un poco más, lo suficiente para que su voz llegue claramente hasta ellas.

—¿Cariño, has terminado? —le dice a Skylar con una familiaridad que no deja ninguna duda sobre el tipo de relación que hay entre ellos.

Emma siente como si le hubieran arrojado un cubo de agua helada. Todo encaja de repente: las llamadas misteriosas, la

reluctancia de Skylar a definir lo que ocurre entre ellas, sus ataques de ansiedad después de sus encuentros íntimos.

—Vaya, debí imaginarlo —murmura Emma arrasada por una decepción tan profunda, que parece cristalizar el aire entre ellas.

Sin esperar explicación, Emma se gira y comienza a alejarse, incapaz de soportar la mirada de Skylar o cualquier explicación absurda que quiera darle.

—Emma, espera —la llama Skylar con la voz estrangulada.

Pero Emma ya está demasiado lejos, o quizás simplemente ha decidido no escuchar. De repente, Skylar se siente atrapada entre el hombre que espera una respuesta y la mujer que acaba de alejarse, llevándose con ella cualquier posibilidad de explicación.

Skylar siente que se le cierra la garganta y los ojos se le llenan de lágrimas que lucha por contener. El tiempo parece detenerse mientras observa la figura cada vez más lejana de Emma al mismo tiempo que una certeza cristalina se forma en su interior, tan clara y dolorosa como el hielo bajo sus pies: la única persona de la que ha estado enamorada toda su vida: es Emma Matthews. Siempre ha sido ella, desde aquel primer beso hace ocho años hasta el que se dieron ayer en su despacho, y la ha cagado por ser una cobarde.

—¿Skylar? —dice Eric.

Ella se gira y lo enfoca, viéndolo borroso a través de las lágrimas.

—Tenemos que hablar —dice Skylar.

Capítulo 12

Emma camina por el pasillo hacia su despacho con pasos mecánicos, intentando procesar lo que acaba de presenciar. La imagen de ese hombre llamando "cariño" a Skylar se reproduce una y otra vez en su mente como una película en bucle que no puede pausar.

Se detiene frente a la puerta de su oficina, con la mano temblando ligeramente mientras busca las llaves en su bolsa. Todo encaja ahora: las llamadas misteriosas, los ataques de ansiedad de Skylar después de sus encuentros íntimos, su reluctancia a hablar sobre el futuro. Emma ha sido la otra mujer sin saberlo.

La puerta se abre con un clic suave y Emma entra, cerrando tras de sí con más fuerza de la necesaria. Se deja caer en su silla y entierra la cara entre las manos, sintiendo cómo la humillación y la rabia luchan por dominar en su interior. ¿Cómo ha podido ser tan ingenua? ¿Cómo ha permitido que Skylar la utilizara de esta manera otra vez?

Un golpe suave en la puerta la devuelve a la realidad y Emma se da cuenta de que lleva más de media hora mirando la pared, absorta.

—Emma, soy yo —dice la voz de Skylar desde el otro lado—. Por favor, déjame explicarte.

—Vete —responde Emma sin levantar la mirada—. No tenemos nada de qué hablar.

—Sí que lo tenemos —insiste Skylar—. Por favor, solo cinco minutos.

Emma se levanta bruscamente y abre la puerta de par en par. Sus ojos están enrojecidos, pero su expresión es de pura furia.

—¿Cinco minutos para qué? ¿Para mentirme otra vez? ¿Para inventarte otra excusa? —la voz le tiembla de indignación—. He sido idiota al pensar que esta vez sería diferente.

Skylar parece haber estado llorando también. Su rostro está pálido y tiene ojeras marcadas, pero intenta mantener la compostura.

—Iba a romper con él —dice directamente—. Por eso estaba aquí, le dije que quería verlo después del entrenamiento, pero ha llegado antes.

Emma suelta una risa amarga.

—¡Qué oportuno! Justo después de que lo haya visto, tú dices que ibas a romper con él —responde con sarcasmo—. ¿En serio esperas que me crea eso?

—Es la verdad —insiste Skylar, dando un paso hacia el interior del despacho—. Emma, por favor, escúchame...

—No —la corta Emma, bloqueando la entrada con su cuerpo —. No voy a escucharte. No voy a permitir que me utilices otra vez como tu válvula de escape mientras tienes tu vida perfecta esperándote en casa.

—Mi vida no es perfecta —replica Skylar con desesperación —. No lo ha sido nunca. Y menos desde que volví a verte.

Emma cierra los ojos por un momento, intentando controlar las emociones que amenazan con desbordarla.

—Me da igual, Skylar. Lo que sea que teníamos se acabó. Mantendremos una relación estrictamente profesional hasta que termine la temporada, y después no quiero volver a verte.

Sin esperar respuesta, Emma cierra la puerta en la cara de Skylar, dejándola sola en el pasillo.

Mientras tanto, en el vestuario femenino, Kate termina de cambiarse con una sonrisa que no puede borrar de su cara. El entrenamiento de hoy ha sido revelador en más de un sentido. La comunicación con Anabel ha fluido de manera natural, pero más importante todavía, ha notado algo diferente en la portera. Una determinación nueva, una chispa en sus ojos que no había visto antes.

Anabel aparece por el pasillo que conecta los vestuarios con las duchas, con el pelo húmedo y vestida con ropa casual. Se detiene al ver a Kate y, por un momento, el nerviosismo familiar vuelve a aparecer en su expresión.

—Hola —dice Anabel con timidez.

—Hola —responde Kate, acercándose con una sonrisa cálida —. ¿Tienes planes para esta tarde?

Anabel niega con la cabeza, sorprendida por la pregunta.

—¿Te apetece tomar un café? —continúa Kate—. Hay una cafetería muy tranquila cerca del campus. Podríamos hablar... sobre el entrenamiento de hoy.

—¿Sobre el entrenamiento? —repite Anabel, incapaz de ocultar la decepción en su voz.

Kate se ríe con suavidad y se acerca un poco más.

—Vale, no sobre el entrenamiento —admite—. Sobre nosotras.

El rubor que se extiende por las mejillas de Anabel es adorable, y Kate siente ese mismo cosquilleo en el estómago que experimentó durante su abrazo después del partido.

—Me gustaría —responde Anabel en voz baja—. Mucho.

Kate sonríe de nuevo y extiende su mano. Después de un momento de duda, Anabel se la coge.

—Perfecto. Conozco el sitio ideal.

La cafetería que Kate ha elegido es pequeña y acogedora, con mesas de madera gastada y una iluminación suave que crea un ambiente íntimo. Se sientan en un rincón apartado, con dos tazas de café entre ellas.

—Tengo que confesarte algo —dice Kate, jugando con el asa de su taza—. Llevo semanas intentando entender por qué te pones tan nerviosa cuando estoy cerca.

Anabel baja la mirada, sintiendo cómo el calor sube por su cuello.

—Es complicado —murmura.

—¿Es por Megan? —pregunta Kate directamente—. ¿Pensabas que era mi novia?

Anabel asiente, sin atreverse a levantar la vista.

—Ya te dije que es mi prima —explica Kate con una sonrisa—. Vino de visita unos días, pero ya se ha marchado. Y aunque no lo fuera, no me interesan las chicas como ella.

Anabel levanta la mirada, confundida.

—¿No?

Kate se inclina hacia adelante, acortando la distancia entre ellas.

—No. Me gustan las chicas inteligentes y tímidas, que se sonrojan cuando les hablo —dice con una sonrisa traviesa—. Me gustan las porteras con ojos preciosos y una sonrisa que puede detenerme el corazón.

Los ojos de Anabel se abren de par en par, incapaz de creer lo que está escuchando.

—¿Estás hablando de mí? —susurra.

—¿Tú qué crees? —responde Kate, extendiendo su mano por encima de la mesa para cubrir la de Anabel.

El contacto envía una corriente eléctrica por el brazo de Anabel, que siente como si estuviera viviendo un sueño.

—Yo... yo también siento algo por ti —confiesa finalmente—. Desde el primer día, pero pensé que nunca podría pasar nada entre nosotras.

—¿Por qué no? —pregunta Kate, entrelazando sus dedos con los de Anabel.

—Porque eres perfecta —responde Anabel con una honestidad brutal—. Eres la capitana, eres carismática y divertida, y todo el mundo te adora. Y yo soy solo la portera tímida que se tropieza cuando me hablas.

Kate aprieta su mano con suavidad.

—Eres mucho más que eso, Anabel. Eres la persona más genuina que conozco. Tienes un corazón enorme y un talento increíble. Y cuando sonríes... cuando sonríes de verdad, no puedo pensar en nada más.

Las lágrimas se acumulan en los ojos de Anabel, pero esta vez son de felicidad.

—¿En serio? —pregunta con voz entrecortada.

—En serio —confirma Kate, levantándose para sentarse en la silla junto a Anabel—. ¿Puedo besarte?

Anabel asiente, incapaz de hablar. Kate se acerca lentamente, dándole tiempo para cambiar de opinión, pero Anabel no retrocede. Cuando sus labios se encuentran, el beso es suave y dulce, muy diferente a los besos desesperados que Emma y Skylar han compartido.

Cuando se separan, Anabel está sonriendo de una manera que Kate nunca había visto antes.

—Esto va a cambiar las cosas en el equipo —dice Anabel preocupada.

—Solo si lo permitimos —responde Kate—. Somos profesionales. Podemos separar lo personal de lo profesional.

Anabel asiente, aunque ambas saben que no será tan sencillo. Pero por primera vez en semanas, Anabel se siente ligera, como si un peso enorme hubiera sido levantado de sus hombros.

Al día siguiente, el ambiente en la pista es tenso de una manera diferente. Emma llega temprano, como siempre, pero su expresión es más fría de lo habitual. Cuando Skylar aparece, mantienen una distancia física y emocional que resulta evidente para cualquiera que las observe.

Las jugadoras notan inmediatamente el cambio. Los comentarios y sugerencias que antes fluían con naturalidad entre las dos entrenadoras, ahora se limitan a intercambios estrictamente necesarios. Emma da órdenes, Skylar las ejecuta. No hay discusión, no hay colaboración, solo una eficiencia mecánica que carece de la energía que antes tenían.

—Ejercicios de transición —anuncia Emma con sequedad—. Jenkins, supervisa el grupo de la izquierda.

—Entendido —responde Skylar sin mirarla.

Kate y Anabel intercambian miradas de preocupación. Después de la alegría de la tarde anterior, es descorazonador ver a sus entrenadoras en esta situación. Anabel se acerca a Kate durante una pausa.

—¿Crees que han discutido? —susurra.

—Está claro que algo ha pasado —responde Kate en el mismo tono—. Ayer parecían llevarse bien.

El entrenamiento continúa con esta dinámica tensa. Emma corrige a las jugadoras con más brusquedad de la habitual, mientras Skylar parece haber perdido toda su energía natural. Cuando cometen errores, no se miran para buscar la opinión de la otra, como hacían antes.

Robinson falla un pase sencillo y Emma hace sonar su silbato con fuerza.

—¡Concentración! —grita—. Si no podéis ejecutar un pase básico, ¿cómo esperáis ganar partidos importantes?

La dureza en su voz es inusual y varias jugadoras se sobresaltan. Skylar da un paso adelante, como si fuera a intervenir, pero se detiene y vuelve a su posición sin decir nada.

El teléfono de Emma suena en el banquillo. Ve en la pantalla que es Sullivan y responde con una expresión sombría.

—Matthews —dice escuetamente.

La conversación es breve, pero cuando cuelga, su expresión es todavía más seria.

—¡Reunión de equipo! —anuncia—. Ahora.

Las jugadoras se congregan alrededor de ella, mientras Skylar se mantiene ligeramente apartada.

—Acabo de hablar con el director deportivo —explica Emma —. La universidad está evaluando todos los programas deportivos para el próximo año. Nuestro rendimiento en los playoffs será crucial para determinar si continúan financiando el hockey femenino.

Un murmullo de preocupación recorre el grupo y Skylar frunce el ceño, segura de que si no hubiera problemas entre ellas, Emma solo habría hablado con ella y no preocupado al equipo. Kate se adelanta, asumiendo su rol de capitana.

—¿Qué significa eso exactamente? —pregunta.

—Significa que, si no llegamos al menos a las semifinales regionales, es muy probable que este sea nuestro último año como equipo —responde Emma sin suavizar la realidad.

El silencio que sigue es pesado. Algunas jugadoras intercambian miradas nerviosas, mientras otras bajan la cabeza, procesando la información.

—Pero podemos hacerlo —interviene Anabel, sorprendiendo a todos con su firmeza—. Tenemos el talento y el trabajo en equipo necesarios.

—Chen tiene razón —apoya Kate inmediatamente—. Hemos mejorado mucho este año. Podemos llegar lejos si mantenemos la concentración.

Emma asiente, agradecida por el liderazgo que muestran tanto la capitana como la portera.

—Exacto. Pero necesitamos estar completamente unidas. No puede haber distracciones ni conflictos internos —dice, y su mirada se cruza brevemente con la de Skylar—. Todo lo que no sea hockey, queda fuera de esta pista.

El mensaje es claro para todos, pero especialmente para Skylar, quien asiente sin decir nada.

—Entendido —responde.

—Bien —continúa Emma—. Los playoffs empiezan en dos semanas. Cada entrenamiento, cada partido y cada minuto en esta pista va a contar. ¿Estamos todas de acuerdo?

El equipo responde con un unánime "¡Sí, entrenadora!" que resuena por todo el pabellón.

Mientras las jugadoras se dispersan para continuar con el entrenamiento, Emma y Skylar se quedan a solas. Es la primera vez que están realmente así desde el incidente del día anterior.

—Emma... —comienza Skylar.

—No —la corta Emma de inmediato—. Dijiste que lo entendías. Nada que no sea hockey.

Skylar cierra los ojos por un momento, sintiendo el peso de las palabras.

—De acuerdo —acepta finalmente—. Pero cuando termine la temporada...

—Cuando termine la temporada, cada una seguirá su camino —responde Emma como un témpano de hielo—. Como siempre.

Sin decir más, Emma se aleja, dejando a Skylar con la certeza dolorosa de que ha perdido no solo una segunda oportunidad con Emma, sino quizás la última.

Capítulo 13

La noche es fría y Skylar camina por las calles desiertas del campus universitario sin un destino fijo. Han pasado tres días desde el enfrentamiento con Emma, tres días de intercambios estrictamente profesionales y miradas que se evitan. Su teléfono vibra constantemente con mensajes de Eric que no responde, pero esta noche no puede aplazarlo más.

Se sienta en un banco frente al lago artificial del campus y marca su número. Eric responde al segundo tono.

—Por fin —dice con un tono que mezcla alivio y molestia—. Llevo días intentando hablar contigo.

—Lo sé —responde Skylar, observando cómo la luna se refleja en el agua—. Tenemos que hablar, Eric. En persona.

—Perfecto. ¿Paso a recogerte? Podemos ir a cenar y...

—No —le corta—. Quédate donde estás. Voy hacia allí.

El trayecto hasta el apartamento de Eric se le hace eterno. Cada kilómetro que recorre la acerca más a una conversación que debería haber tenido hace semanas, tal vez incluso hace años. Cuando llega, Eric la está esperando en la puerta, vestido de manera casual pero perfecta, como siempre.

—Estás horrible —dice a modo de saludo, aunque su tono es más preocupado que crítico.

—Gracias —responde Skylar con sarcasmo—. Eso es justo lo que necesitaba escuchar.

Se sientan en el salón, con una distancia prudencial entre ellos en el sofá. Eric la observa con atención, como si intentara descifrar un rompecabezas complejo.

—¿Va todo bien en el trabajo? —pregunta—. Has estado muy distante últimamente.

—Eric —dice Skylar, respirando profundamente—. Tenemos que terminar.

Las palabras quedan suspendidas en el aire como una bomba que acaba de explotar. Eric parpadea varias veces, como si no hubiera procesado lo que acaba de escuchar.

—¿Perdón?

—Nuestra relación. Tenemos que terminarla —repite Skylar, obligándose a mantener el contacto visual—. No es justo para ninguno de los dos continuar así.

Eric se inclina hacia adelante, con los codos apoyados en las rodillas.

—¿De dónde sale esto? ¿Es por el trabajo? ¿Por la presión? Podemos solucionarlo, Skylar. Podemos ir más despacio si es lo que necesitas.

—No es eso —responde Skylar, sintiendo cómo las lágrimas comienzan a formarse en sus ojos—. Es que... nunca he sido completamente honesta contigo. Ni conmigo misma.

—¿Qué quieres decir?

Skylar se levanta del sofá, incapaz de permanecer quieta mientras las palabras luchan por salir.

—Llevo años intentando ser alguien que no soy. Intentando encajar en una vida que pensé que era la correcta, la que se esperaba de mí —explica, paseando por la habitación—. Pero no funciona, Eric. No funciona porque no soy feliz.

—¿No eres feliz conmigo? —pregunta Eric, descolocado.

—No eres tú —se apresura a aclarar Skylar—. Eres un hombre maravilloso. Cualquier mujer sería afortunada de estar contigo. Pero yo... yo no soy esa mujer.

Eric la observa durante un largo momento, y lentamente, la comprensión comienza a asomar en su expresión.

—Hay alguien más —dice, no es una pregunta.

Skylar se detiene y se gira para mirarlo. No puede mentirle, no ahora.

—Sí —admite en voz baja—. Pero no es lo que piensas. No te he engañado... bueno, no físicamente hasta hace poco, pero emocionalmente... —se detiene, incapaz de continuar.

—¿Es alguien del trabajo? —pregunta Eric, sorprendentemente calmado.

—Sí —responde Skylar—. Pero Eric, esto no empezó ahí. Empezó hace ocho años, y llevo todo este tiempo huyendo de ello. Huyendo de lo que realmente soy.

Eric guarda silencio durante varios minutos, procesando la información. Cuando finalmente habla, su voz es más suave de lo que Skylar esperaba.

—¿Quién es? ¿Lo conozco? —pregunta él con el ceño fruncido.

—Es una mujer —suelta Skylar.

Eric no parece sorprendido.

—¿Y la amas?

—Más de lo que he amado a nadie en mi vida —responde sin dudar—. Tanto que me aterra.

Eric se levanta y camina hacia la ventana, dándole la espalda.

—Supongo que esto explica muchas cosas —dice finalmente —. La distancia, la falta de... conexión real entre nosotros. Siempre sentí que había una parte de ti que no podía alcanzar.

—Lo siento mucho —susurra Skylar—. No quería hacerte daño.

—Lo sé —responde Eric, girándose para mirarla—. Y aunque duele, prefiero esto a seguir viviendo una mentira.

Se acerca a ella y, para sorpresa de Skylar, la abraza.

—Espero que seas feliz —dice contra su pelo—. De verdad. Te mereces serlo.

Skylar llora contra su hombro, sintiendo una mezcla de alivio y tristeza. Ha cerrado una puerta importante de su vida, pero no está segura de si podrá abrir la que realmente importa.

Kate y Anabel caminan de la mano por un sendero iluminado del campus. Han desarrollado una rutina en los últimos días: después del entrenamiento, pasean y hablan durante horas, descubriendo cosas nuevas la una de la otra.

—¿Crees que las entrenadoras están bien? —pregunta Anabel, preocupada—. La tensión entre ellas está afectando a todo el equipo.

Kate aprieta su mano con suavidad.

—No lo sé. Pero sean cuales sean sus problemas, espero que los resuelvan pronto. Los playoffs están muy cerca.

—Sí —asiente Anabel—. Y con la presión de los recortes presupuestarios... No podemos permitirnos distracciones.

Se detienen bajo una farola y Kate se gira para mirar a Anabel de frente.

—Hablando de distracciones —dice con una sonrisa traviesa —. ¿Cómo nos las vamos a arreglar nosotras?

—¿A qué te refieres? —pregunta Anabel, aunque el rubor que se extiende por sus mejillas sugiere que sabe exactamente a qué se refiere Kate.

—A esto —responde Kate, señalando el espacio entre ambas —. A nosotras. Somos compañeras de equipo, Anabel. ¿Cómo vamos a mantener la concentración en la pista cuando todo lo que quiero es besarte?

Anabel sonríe y sus mejillas comienzan a arder.

—Supongo que tendremos que ser muy profesionales —dice —. Al menos durante los entrenamientos y los partidos.

—¿Solo durante los entrenamientos? —pregunta Kate, acercándose más.

—Solo durante los entrenamientos —confirma Anabel, parándose de puntillas para encontrar los labios de Kate.

El beso es más apasionado que los anteriores, cargado de la emoción de saber que han encontrado algo especial en la otra. Cuando se separan, ambas están sin aliento.

—Tengo una idea —dice Kate—. ¿Qué te parece si mañana, después del entrenamiento, hablamos con las entrenadoras? Juntas.

—¿Para qué? —pregunta Anabel, confundida.

—Para recordarles que somos un equipo. Que todos nos necesitamos funcionando al máximo si queremos salvar el

programa —explica Kate—. A veces, las personas necesitan que les recuerden lo que está en juego.

Anabel considera la propuesta. Es arriesgado meterse en los asuntos personales de las entrenadoras, pero Kate tiene razón: el bienestar del equipo está por encima de todo.

—De acuerdo —acepta.

Al día siguiente, el entrenamiento es otro ejercicio de tensión controlada. Emma y Skylar mantienen su profesionalismo glacial, mientras el equipo hace lo posible por no verse afectado por la atmósfera cargada. Anabel juega mejor que nunca, tal vez motivada por su nueva felicidad con Kate, o quizás por la determinación de demostrar que pueden superar cualquier obstáculo.

Cuando Emma hace sonar el silbato final, Kate y Anabel intercambian una mirada significativa. Es el momento.

—Entrenadoras —dice Kate, acercándose con Anabel a su lado—. ¿Podríamos hablar con vosotras un momento?

Emma levanta las cejas, sorprendida por la petición.

—¿Sobre qué? —pregunta.

—Sobre el equipo —responde Anabel, encontrando valor en la presencia de Kate—. Estamos preocupadas.

Skylar, que había comenzado a recoger el equipo, se detiene y las observa.

—¿Preocupadas por qué? —pregunta Emma.

Kate toma la iniciativa.

—Por la tensión que hay entre vosotras —dice directamente —. Todas nos hemos dado cuenta, y está afectando al ambiente del equipo.

Emma se tensa.

—Eso no es asunto vuestro —responde con frialdad—. Mantenemos una relación profesional perfectamente funcional.

—Con respeto, entrenadora —interviene Anabel, sorprendiendo a todas con su firmeza—. No es verdad. La energía entre vosotras ha cambiado, y eso nos afecta a todas.

Skylar da un paso adelante.

—Las chicas tienen razón —dice, mirando directamente a Emma por primera vez en días—. Nuestros problemas personales no deberían impactar en el equipo.

—No tenemos problemas personales —replica Emma—. No hay nada personal entre nosotras.

Emma las mira a todas, sintiendo cómo su máscara de frialdad comienza a resquebrajarse.

—Nos esforzaremos porque no afecte al equipo. Ahora si me disculpáis, llego tarde —dice girándose de golpe para salir de la pista.

Emma ni siquiera se cambia, abandona el edificio y camina a paso rápido hasta su coche con la intención de llamar a su amiga Alice y beber hasta perder la memoria.

—Emma, espera —escucha y se gira para ver con asombro, que Skylar viene corriendo hacia ella.

—¿Qué quieres? —pregunta soltando un bufido de frustración.

—Que hablemos.

—Ya hemos dicho todo lo que había que decir —Emma abre la puerta de su coche, pero Skylar la sujeta del brazo para que no se suba.

—Por favor…

Capítulo 14

Emma cierra la puerta del coche y se gira hacia Skylar, mirando con desaprobación la mano que esta tiene sobre su brazo. Skylar la retira con rapidez y da un par de pasos hacia atrás para dejarle espacio.

—¿Qué es lo que quieres hablar? Creía que habíamos acordado mantener una relación estrictamente profesional —dice Emma.

—¿Acordado? —repite Skylar—. Yo no recuerdo haber acordado nada. Recuerdo que me cerraste la puerta en la cara.

Emma le clava una mirada furiosa.

—¿Y qué esperabas? ¿Que te diera las gracias por utilizarme como tu aventura extramatrimonial?

—¡No fue eso! —exclama Skylar, dando un paso hacia ella—. Si me hubieras dejado explicarte...

—¿Explicarme qué? —la interrumpe Emma—. ¿Que tu novio no te entiende? ¿Que lo nuestro significa algo especial?

Skylar levanta las manos, pidiendo calma.

—Ya no es mi novio —corrige—. Rompí con él hace dos noches.

Emma suelta una risa amarga.

—Claro, justo después de que lo descubriera.

—No fue por eso —insiste Skylar, girándose completamente hacia Emma—. Bueno, no solo por eso. Llevaba semanas intentando reunir el valor para hacerlo.

—¿Semanas? —pregunta Emma con incredulidad—. ¿Mientras estabas conmigo?

La acusación es directa como una bala. Skylar siente el peso de la culpabilidad, pero también la necesidad de hacer que Emma entienda por qué actuó tan mal en todos los sentidos.

—Sí —admite—. Y sé lo mal que suena, pero Emma, necesitas entender algo: nunca estuve realmente con él. No de la manera que importa.

Emma ladea la cabeza y aparta la mirada en busca de algo que la distraiga mientras intenta calmarse para soportar esta conversación.

—Emma —dice Skylar con suavidad—. ¿Por qué no me escuchas?

—¿Por qué debería? —responde Emma—. Ya me hiciste daño una vez. No voy a permitir que vuelva a pasar.

Skylar siente como si le hubieran dado un puñetazo en el estómago. La palabra "daño" resuena en su cabeza, recordándole el dolor que causó hace ocho años.

—Emma, lo que pasó en Boston... —comienza.

—¿Lo que pasó en Boston? —la interrumpe Emma—. Te refieres a cuando me besaste, me hiciste creer que sentías algo por mí, ¿y después desapareciste de mi vida como si nunca hubiera ocurrido?

—¡Sí! —exclama Skylar, con los ojos encharcados—. Y fue la peor decisión que he tomado en mi vida.

Emma parpadea, sorprendida por la intensidad de la respuesta.

—Estaba aterrorizada —continúa Skylar, con la voz quebrada —. No solo por lo que sentía por ti, sino por lo que eso significaba sobre mí. Sobre quién era realmente.

En esta ocasión, Emma solo la mira, pero no la interrumpe.

—Mi familia... —Skylar lucha por encontrar las palabras correctas—. Mi apellido viene con ciertas expectativas. Mi padre es senador, mi madre preside tres organizaciones benéficas. Tengo dos hermanas que se casaron con hombres "apropiados" y tienen hijos perfectos. Yo era la deportista de la familia, lo cual ya era bastante diferente, pero si además admitía que me gustaban las mujeres...

Se detiene, pasándose las manos por el pelo.

—No es excusa —dice con rapidez cuando Emma resopla—. No justifica lo que te hice. Pero cuando te besé al final de aquel

partido, fue como si todo mi mundo se tambalease. Me di cuenta de que estaba enamorada de ti, y eso me aterrorizó porque significaba que todo lo que había creído sobre mí misma era mentira.

Emma la observa, viendo por primera vez la vulnerabilidad real detrás de las palabras de Skylar.

—Así que decidiste huir —dice Emma, pero su tono es menos acusatorio.

—Decidí ser una cobarde —corrige Skylar—. Pedí el traspaso, me fui a Europa, y pasé ocho años intentando convencerme de que podía ser la persona que se esperaba que fuera. Eric era perfecto sobre el papel: inteligente, atractivo, de buena familia. Mis padres lo adoraban.

—¿Y funcionó? —pregunta Emma mirándola fijamente—. ¿Conseguiste convencerte?

Skylar niega con la cabeza.

—Nunca. Cada relación que tuve, cada hombre al que besé, cada vez que alguien me preguntaba por qué no me comprometía... Todo me recordaba que estaba viviendo una mentira. Pero tenía demasiado miedo de admitirlo.

Emma siente cómo su rabia comienza a transformarse en algo diferente. No perdón, todavía no, pero quizás comprensión.

—¿Y qué cambió? —pregunta en voz baja.

Skylar la mira directamente a los ojos.

—Te volví a ver —responde con sinceridad—. En el momento en que entraste en esa pista hace semanas, supe que había cometido el mayor error de mi vida al alejarme de ti.

—Eso no cambia lo que hiciste —dice Emma, pero su voz ha perdido toda la frialdad—. No cambia que me hicieras creer que era suficiente para ti cuando claramente no lo era.

—Eras más que suficiente —insiste Skylar—. Eras todo. Y por eso me asustaste tanto.

Emma cierra los ojos, sintiendo cómo las emociones que ha mantenido contenidas durante días amenazan con desbordarse.

—No puedo hacer esto otra vez, Skylar —dice con voz temblorosa—. No puedo permitir que vuelvas a entrar en mi

vida solo para marcharte cuando las cosas se pongan difíciles.

—No voy a marcharme —asegura Skylar—. No esta vez.

—¿Cómo puedo creerte?

—Porque esta vez es diferente —dice—. Esta vez no soy una chica de veintiséis años asustada por sus sentimientos. Soy una mujer de treinta y cuatro que ha pasado ocho años viviendo con las consecuencias de sus decisiones.

El silencio que sigue es diferente al anterior, menos tenso.

—Necesito tiempo —dice Emma finalmente—. Para procesar todo esto y para decidir si puedo confiar en ti otra vez.

Skylar asiente, aunque la esperanza y el miedo luchan dentro de ella.

—Todo el tiempo que necesites —acepta Skylar—. Pero Emma, quiero que sepas algo: terminar con Eric no fue una decisión impulsiva. Llevo meses sintiéndome culpable, meses sabiendo que le estaba mintiendo tanto a él como a mí misma. Verte otra vez solo me dio el valor para admitir lo que siempre he sabido.

—¿Qué es? —pregunta Emma.

—Que nunca he dejado de sentir lo que siento por ti —responde Skylar sin dudar—. Ni un solo día en estos ocho años.

Emma siente como si el suelo se moviera bajo sus pies. Son las palabras que ha soñado escuchar durante años, pero ahora que las tiene, no sabe qué hacer con ellas.

—Los playoffs empiezan la semana que viene —dice Emma —. Quizás deberíamos concentrarnos en eso por ahora. Dar a estas emociones un poco de espacio para asentarse. Ya has escuchado a Kate y Anabel, nuestro comportamiento afecta al equipo.

Skylar asiente.

—El equipo nos necesita funcionando como profesionales. Nos centraremos en eso ahora y después ya veremos —decide Emma.

Skylar quiere protestar, quiere tener una respuesta inmediata, pero se obliga a contenerse. Ha esperado ocho años; puede esperar un poco más.

—De acuerdo —acepta—. Pero Emma, cuando todo esto termine, cuando hayamos llevado al equipo tan lejos como podamos... ¿podremos hablar? ¿De verdad esta vez?

Emma la mira durante un largo momento antes de asentir.

—Sí —acepta—. Cuando termine la temporada, hablaremos.

Capítulo 15

La semana previa a los playoffs pasa como un torbellino de entrenamientos intensivos y estrategias refinadas. Emma y Skylar han encontrado un equilibrio profesional que, aunque no es perfecto, funciona. Sus intercambios son cordiales pero limitados a lo estrictamente necesario, y el equipo parece haber recuperado parte de su energía anterior.

Kate y Anabel, por su parte, han demostrado una química en la pista que se ha vuelto legendaria. Su comunicación es tan fluida que parecen leer la mente de la otra, y Anabel ha ganado una confianza que se refleja en cada parada que hace.

El siguiente partido de playoffs es contra un equipo conocido por su juego agresivo y su defensa impenetrable. Emma ha pasado horas analizando vídeos de sus partidos anteriores, buscando debilidades que puedan explotar.

—Su portera tiene tendencia a moverse demasiado pronto en los tiros desde la derecha —explica Emma al equipo durante la última reunión táctica—. Donovan, quiero que te concentres en crear oportunidades desde ese ángulo.

—Entendido —responde Kate, revisando las notas que ha tomado.

—Chen, van a intentar intimidarte con su juego físico —continúa Emma—. No te dejes llevar por sus provocaciones. Mantén la concentración en el disco.

Anabel asiente, sintiendo los nervios de siempre antes de un partido importante, pero esta vez también hay una determinación diferente en su interior.

Skylar ha estado inusualmente callada durante la preparación. Emma nota su tensión, pero no está segura de si es por el partido o por la conversación pendiente entre ellas.

El pabellón está más lleno de lo habitual. La noticia sobre los posibles recortes presupuestarios se ha filtrado, y los estudiantes han venido en masa para apoyar al equipo. Cuando las jugadoras salen al hielo para el calentamiento, son recibidas por una ovación ensordecedora. Kate lidera al equipo en su vuelta tradicional por la pista, mientras Anabel practica algunos bloqueos que arrancan aplausos de la multitud.

—Están nerviosas —observa Skylar, viendo cómo algunas jugadoras realizan movimientos más rígidos de lo normal.

—Es comprensible —responde Emma—. Saben lo que está en juego.

El partido comienza con la intensidad esperada. Las jugadoras del equipo contrario salen con toda la agresividad que las caracteriza, presionando desde los primeros segundos. Anabel se ve sometida a un bombardeo de tiros que maneja con una serenidad que sorprende incluso a Emma.

—¡Bien, Chen! —grita Skylar cuando Anabel realiza una parada espectacular con el guante—. ¡Así se hace!

El primer periodo termina sin goles, pero es evidente que las jugadoras del equipo contrario están frustradas por no haber conseguido anotar a pesar de dominar territorialmente.

Durante el descanso, Emma reúne al equipo.

—Estáis haciendo exactamente lo que necesitamos —les dice—. Su juego se basa en intimidación y goles tempranos. Si mantenemos el marcador a cero, empezarán a desesperarse.

—Y cuando se desesperen, cometerán errores —añade Skylar—. Errores que podemos aprovechar.

El segundo periodo trae un cambio en la dinámica. Las visitantes, frustradas por su incapacidad para marcar, comienzan a tomar riesgos innecesarios. Kate aprovecha uno de estos errores, interceptando un pase en la zona neutral y lanzando un contraataque que termina con un tiro de Robinson que se estrella en el poste.

—¡Casi! —exclama Kate, patinando hacia Robinson—. La siguiente entra.

Y tiene razón. Cinco minutos después, Kate ejecuta una jugada que han practicado cientos de veces: un pase preciso a Anabel, quien inmediatamente devuelve el disco a Kate mientras las defensas se confunden por la jugada poco convencional. Kate tiene un segundo de espacio libre y no lo desperdicia, enviando un tiro que se cuela en la esquina inferior derecha.

El pabellón explota. Las jugadoras se abrazan en el hielo mientras Emma y Skylar chocan las manos instintivamente antes de darse cuenta de lo que han hecho. Se separan con rapidez, pero ambas sienten una pequeña descarga tras el roce.

Las chicas del otro equipo responden con agresividad, pero Anabel está teniendo la noche de su vida. Cada tiro que le hacen parece encontrarse con una parte de su cuerpo o equipo, como si hubiera desarrollado una capacidad sobrenatural para estar en el lugar correcto en el momento exacto.

Con cinco minutos restantes en el último periodo, una de las jugadoras intenta un tiro potente desde corta distancia. Anabel se estira para bloquearlo, pero el rebote queda suelto en el área pequeña. Kate, que ha estado siguiendo la jugada, aparece como una flecha para despejar el disco. El movimiento es perfecto, excepto por un detalle: Kate no ve a la defensora que viene hacia ella desde el lado ciego. El golpe la envía volando contra la banda con un sonido que hace que todo el pabellón contenga la respiración.

Kate no se levanta inmediatamente.

Emma salta la valla antes de que los árbitros puedan reaccionar, con Skylar justo detrás. Anabel abandona su portería y llega al mismo tiempo que las entrenadoras.

—Kate, ¿estás bien? —pregunta Emma, arrodillándose junto a ella.

Kate intenta incorporarse, pero hace una mueca de dolor.

—El hombro —dice entre dientes—. Creo que me he dislocado el hombro.

Anabel se quita los guantes y toma la mano libre de Kate.

—Todo va a estar bien —dice con una voz sorprendentemente calmada—. Estoy aquí.

Kate la mira y sonríe a pesar del dolor.

Los últimos cinco minutos del partido se sienten como una eternidad. Sin Kate, el equipo tiene que reorganizarse completamente. Miller toma el rol de capitana improvisada, pero es evidente que nadie puede llenar completamente el vacío que ha dejado Kate.

Las contrarias intensifican sus ataques, percibiendo la debilidad. Anabel se convierte en la última línea de defensa, realizando parada tras parada que mantienen vivo el sueño del equipo. Con treinta segundos restantes, el equipo contrario tiene un saque de esquina. Es su última oportunidad real de empatar. Emma llama un tiempo muerto para reorganizar la defensa.

—Chen —le dice a Anabel—. Sé que estás cansada, pero necesito una parada más. Solo una más.

Anabel asiente, sintiendo el peso de todo el programa sobre sus hombros.

El saque de esquina se ejecuta perfectamente. El disparo viene desde un ángulo difícil, con potencia y precisión. Anabel se mueve como si el tiempo se ralentizara, extendiendo su cuerpo al máximo y sintiendo cómo el disco roza su guante antes de salir por la línea de fondo.

La bocina final suena inmediatamente después y el pabellón explota en celebración. Anabel se queda inmóvil por un momento, incapaz de creer que lo han conseguido. Luego, sus compañeras la rodean, abrazándola y gritando de alegría.

Emma y Skylar se miran desde el banquillo, compartiendo un momento de triunfo que trasciende sus diferencias personales. Han conseguido la victoria, pero ambas saben que lo más difícil está por venir.

Kate aparece desde el túnel, con el brazo en cabestrillo pero sonriendo de oreja a oreja. Se acerca directamente a Anabel, quien abandona la celebración grupal para correr hacia ella.

—¿Estás bien? —pregunta Anabel, tocando suavemente el cabestrillo.

—Estoy perfectamente —responde Kate—. Solo una dislocación menor. Estaré lista para las semifinales.

Sin importarle quién las esté viendo, Kate se inclina y besa a Anabel delante de todo el equipo y las gradas llenas. Es un beso cargado de orgullo, alivio y ternura. Cuando se separan, se dan cuenta de que todo el pabellón las está mirando. Algunas de sus compañeras sonríen, otras parecen sorprendidas, pero no hay juicio en ninguna mirada.

—Supongo que ya no es un secreto —dice Kate con una sonrisa.

—Supongo que no —responde Anabel, y por primera vez en su vida, no se siente avergonzada de ser el centro de atención.

Emma observa la escena con una sonrisa. Ver a sus jugadoras encontrar la felicidad en medio de la presión, le recuerda que hay cosas más importantes que ganar partidos, aunque ganar también lo sea.

Skylar se acerca a ella mientras el equipo continúa celebrando.

—Una victoria —dice simplemente.

—Dos más para las finales regionales —responde Emma.

—¿Crees que podemos hacerlo? —pregunta Skylar.

Emma mira a su equipo: a Anabel, radiante de confianza, a Kate, liderando la celebración a pesar de su lesión, al resto de las jugadoras que han encontrado una determinación que no sabían que tenían.

—Sí —responde—. Creo que podemos.

Capítulo 16

La tormenta de lluvia comienza cuando ya están en medio del entrenamiento. Al principio son solo gotas dispersas contra el cristal de las ventanas del pabellón, pero en cuestión de una hora, se convierte en una tormenta que reduce la visibilidad a pocos metros.

Emma revisa su teléfono y encuentra múltiples alertas meteorológicas. La carretera principal está cerrada, y recomiendan no conducir hasta que pase lo peor de la tormenta.

—Chicas —anuncia—. Parece que tendremos una sesión de entrenamiento extendida hoy. Las carreteras están impracticables por ahora.

Las jugadoras reciben la noticia con una mezcla de resignación y entusiasmo. Para algunas, significa tiempo extra de práctica. Para otras, como Kate y Anabel, significa más tiempo juntas.

Kate ha insistido en entrenar a pesar de su lesión en el hombro. Lleva un vendaje especializado que le permite movimiento limitado, aunque Emma y Skylar han sido claras: nada de contacto físico y ejercicios de baja intensidad solamente.

—No me gusta nada —dice Emma observando cómo Kate intenta realizar un ejercicio de pases—. Deberías estar descansando.

—Las semifinales son pasado mañana —responde Kate—. Necesito mantener el ritmo.

—Lo que necesitas es no agravar la lesión —replica Skylar, acercándose—. Una dislocación mal curada puede convertirse en un problema crónico.

Kate suspira, sabiendo que tienen razón, pero incapaz de quedarse quieta cuando su equipo se prepara para el partido más importante de la temporada.

Anabel patina hacia ellas, quitándose el casco.

—¿Qué tal si Kate me ayuda con ejercicios de comunicación? —sugiere—. Puede dirigir jugadas sin esfuerzo físico.

Es una solución inteligente que permite a Kate sentirse útil sin arriesgar su recuperación. Emma asiente, apreciando la consideración de Anabel hacia su novia.

Mientras Kate y Anabel se instalan en un extremo de la pista para trabajar en señales y estrategias defensivas, Emma y Skylar supervisan al resto del equipo. La tormenta ha creado una atmósfera única en el pabellón: el ruido del viento contra las ventanas y la sensación de estar aislados del mundo exterior hacen que todo se sienta más íntimo, más conectado.

—¿Te acuerdas de la tormenta en Pittsburgh? —pregunta Skylar de repente, observando cómo el agua golpea contra los cristales.

Emma se tensa ligeramente. Es la primera vez que Skylar hace referencia directa a su tiempo compartido hace ocho años.

—¿La de febrero? —responde pensativa.

—Sí. Nos quedamos atrapadas en el pabellón durante horas. Terminamos practicando jugadas hasta las tres de la madrugada.

Emma recuerda perfectamente esa noche. Había sido una de las mejores sesiones de entrenamiento de su carrera, trabajando en perfecta sincronía con Skylar hasta altas horas, refinando estrategias que luego les ayudarían a ganar el campeonato de división.

—También me acuerdo —dice Emma, manteniendo un tono neutral—. Fue productivo.

—Fue más que productivo —dice Skylar con suavidad—. Fue perfecto. Nosotras éramos perfectas juntas en el hielo.

Emma siente una familiar presión en el pecho. Es exactamente este tipo de comentario el que la hacía sentir que

había algo especial entre ellas hace ocho años.

—Eso fue hace mucho tiempo —responde, intentando mantener las barreras que ha vuelto a levantar.

—No tanto —replica Skylar—. El tiempo no cambia la química entre dos personas, Emma. Todavía funcionamos igual de bien juntas.

Emma está a punto de responder cuando un grito desde el otro extremo de la pista capta su atención. Robinson ha resbalado durante un ejercicio y está en el suelo, sujetándose la rodilla.

Ambas entrenadoras patinan hacia ella de inmediato, con Kate y Anabel siguiéndolas.

—¿Dónde te duele exactamente? —pregunta Emma, arrodillándose junto a Robinson.

—La rodilla derecha —responde la jugadora con lágrimas en los ojos—. Se dobló cuando caí.

Skylar examina cuidadosamente la articulación, palpando en busca de inflamación o signos de lesión grave.

—No parece que sea el ligamento —dice—. Pero está inflamada. Necesitamos hielo y elevarla.

Mientras atienden a Robinson, Emma no puede evitar notar la naturalidad con la que ella y Skylar trabajan juntas. No necesitan comunicarse verbalmente; cada una anticipa lo que la otra va a hacer. Skylar prepara una bolsa de hielo mientras Emma ayuda a Robinson a llegar al banquillo, y luego intercambian posiciones sin necesidad de coordinación explícita.

—Como en los viejos tiempos —murmura Skylar.

Emma la mira con cierta irritación, pero no puede negar que Skylar tiene razón.

Robinson estará bien para las semifinales, pero necesita descansar el resto del día. Con Kate limitada por su lesión y Robinson fuera de combate, el entrenamiento se convierte en algo más relajado: ejercicios de estrategia, revisión de videos de partidos anteriores y sesiones de tiro para las jugadoras que están completamente sanas.

La tormenta continúa arreciando, y para las siete de la tarde queda claro que nadie va a marcharse pronto.

Para las ocho, han parado a descansar y comen barritas de cereales, otros snacks y bebidas sacadas de las máquinas expendedoras. Las jugadoras se sientan en las gradas, compartiendo historias y bromeando entre ellas. Kate y Anabel se han posicionado un poco apartadas del grupo, aprovechando la privacidad relativa para hablar en voz baja.

—¿Cómo te sientes respecto a mañana? —pregunta Kate, refiriéndose a las semifinales.

—Nerviosa —admite Anabel—. Pero también emocionada. Nunca pensé que llegaríamos tan lejos.

—Yo siempre supe que podíamos —dice Kate con convicción —. Tenemos algo especial este año.

Anabel mira hacia donde Emma y Skylar están revisando estadísticas en una mesa apartada.

—Ojalá las entrenadoras pudieran resolver sus problemas —dice Anabel—. Es obvio que se quieren.

Kate sigue su mirada.

—Algunas personas necesitan más tiempo para admitir lo que sienten —responde Kate—. Nosotras tuvimos suerte. Nos dimos cuenta al mismo tiempo.

—¿Tú crees que nosotras somos obvias? —pregunta Anabel con una sonrisa tímida.

—¿Te importa si lo somos? —responde Kate.

Anabel considera la pregunta. Hace un mes, la idea de que toda la universidad supiera que está enamorada de Kate la habría aterrorizado. Ahora, siente solo una pequeña aprensión mezclada con orgullo.

—No —dice finalmente—. No me importa.

Kate sonríe y le da un beso suave en la frente.

En su mesa, Emma y Skylar están inmersas en análisis tácticos, pero ambas son conscientes de la pareja en las gradas.

—Son adorables —comenta Skylar—. Me recuerdan a...

Se detiene, dándose cuenta de lo que estaba a punto de decir.

—¿A qué? —pregunta Emma, aunque sospecha la respuesta.

—A nosotras —termina Skylar—. O a lo que podríamos haber sido.

Emma deja el bolígrafo sobre la mesa y mira directamente a Skylar.

—No éramos como ellas —dice tensa—. Ellas se enfrentaron a sus sentimientos. Nosotras... yo me enfrenté a los míos. Tú huiste.

—Lo sé —acepta Skylar—. Y me he arrepentido cada día desde entonces.

Emma siente algo aflojándose en su pecho, una pequeña fisura en la armadura emocional que ha construido.

—¿De verdad? —pregunta—. ¿O es eso lo que me dices porque es lo que quiero escuchar?

Skylar se inclina hacia adelante, acercándose más.

—Emma, durante estos ocho años, cada vez que me despertaba al lado de Eric, pensaba en ti. Cada vez que alguien me preguntaba por qué no me casaba, la imagen de tu rostro aparecía en mi mente. Cada éxito profesional se sentía vacío porque no podía compartirlo contigo.

Las palabras golpean a Emma con una intensidad inesperada. Puede ver la sinceridad en los ojos de Skylar, pero también el dolor de años de arrepentimiento.

—Skylar... —comienza.

—No necesitas decir nada —la interrumpe Skylar—. Solo necesitaba que lo supieras. Que durante estos años, aunque tomé la decisión equivocada, nunca dejé de amarte.

Emma siente lágrimas formándose en sus ojos y parpadea rápidamente para contenerlas.

—¿Por qué me dices esto ahora? —pregunta con voz temblorosa.

—Porque mañana jugamos las semifinales, y después las finales, y luego... —Skylar se encoge de hombros—. Y luego quién sabe qué pasará. Puede que esta sea mi única oportunidad de ser completamente sincera contigo.

Emma mira alrededor del pabellón: las jugadoras están riendo en las gradas y la tormenta continuaba fuera como si el mundo hubiera decidido darles este momento aislado de la realidad.

—También tengo que ser sincera contigo —dice finalmente.

Skylar la mira expectante.

—Nunca te superé —admite Emma—. Lo intenté. Salí con otras personas, me enfoqué en mi carrera, me mudé aquí para empezar de nuevo. Pero nunca conseguí quitarte de mi mente por completo.

Es la primera vez que Emma reconoce esto en voz alta, y siente como si un peso enorme hubiera sido levantado de sus hombros.

—Cuando apareciste aquí, mi primer instinto fue salir corriendo —continúa—. Porque sabía que, si te quedabas, si trabajábamos juntas, inevitablemente volvería a enamorarme de ti.

—¿Y has vuelto a enamorarte de mí? —pregunta Skylar cada vez más nerviosa.

Emma la mira durante un largo momento.

—Nunca dejé de estarlo —responde.

Las palabras quedan suspendidas entre ellas, cargadas de años de dolor, arrepentimiento y amor nunca extinguido por completo. Skylar siente como si pudiera llorar de alivio y alegría al mismo tiempo.

—Emma... —comienza.

—Pero eso no significa que sea fácil —continúa Emma—. No significa que pueda olvidar lo que pasó y empezar de nuevo como si nada.

—No espero que lo hagas —dice Skylar—. Solo espero que me des una oportunidad de demostrar que he cambiado. Que esta vez no voy a huir.

Emma observa el rostro de Skylar, buscando signos de la inseguridad que la llevó a huir hace ocho años. Lo que ve es determinación, madurez y algo que se parece mucho a la esperanza.

—Cuando termine la temporada —dice Emma—. Cuando hayamos llevado a estas chicas tan lejos como podamos, hablaremos. De verdad esta vez. Sobre todo.

Skylar asiente, sintiendo que esta conversación ha marcado un punto de inflexión entre ellas.

—Será mejor que nos preparemos para mañana —dice Emma, volviendo a los papeles sobre la mesa, pero su tensión ha disminuido notablemente.

—Sí —acepta Skylar—. Mañana.

Pero ambas saben que están hablando de algo más que las semifinales. Están hablando del primer día del resto de sus vidas, sea cual sea la forma que tome.

Capítulo 17

El día de las semifinales amanece despejado y frío. La tormenta de la noche anterior ya es historia y el pabellón está listo para recibir el mayor evento deportivo del año en la universidad.

Emma llega temprano, como siempre, pero encuentra que Skylar ya está allí, revisando el equipo y asegurándose de que todo esté perfecto. Han dormido poco, ambas demasiado nerviosas y pensativas después de la conversación de la noche anterior, pero hay una energía diferente entre ellas. No es la tensión hostil de las últimas semanas, sino algo más expectante.

—Buenos días —saluda Emma.

—Buenos días —responde Skylar—. ¿Has dormido algo?

—Un poco. ¿Tú?

—Lo suficiente —miente Skylar, aunque las ojeras bajo sus ojos la delatan.

Las jugadoras comienzan a llegar de forma gradual, cada una procesando los nervios pre-partido a su manera. Kate llega con Anabel, ambas con expresiones serias pero determinadas. El hombro de Kate parece estar mejor, aunque todavía lleva el vendaje preventivo.

—¿Cómo te encuentras? —pregunta Emma, examinando el movimiento del brazo de Kate.

—Al noventa por ciento —responde la capitana—. Suficiente para jugar, pero tendré que ser cuidadosa con los checks.

—Nada de heroísmos —advierte Skylar—. Si sientes dolor, sales inmediatamente.

Kate asiente, aunque ambas entrenadoras saben que será difícil sacarla del hielo si el partido está reñido.

El equipo rival, llega una hora antes del partido. Son conocidas por su juego técnico y su disciplina táctica. Emma ha

estudiado sus vídeos durante semanas, y sabe que será el partido más difícil de la temporada.

Durante el calentamiento, Emma nota que sus jugadoras están más tensas de lo habitual. Los movimientos son rígidos, los pases menos fluidos. Es comprensible: saben que una derrota significa el fin no solo de la temporada, sino posiblemente del programa completo.

—Están nerviosas —observa Skylar, patinando junto a Emma mientras observan al equipo.

—Demasiado nerviosas —concuerda Emma—. Necesitamos calmarlas antes de que salgan.

Se dirigen al vestuario, donde las jugadoras se sientan en silencio. Normalmente, los minutos previos a un partido están llenos de charlas motivacionales y bromas nerviosas, pero hoy el ambiente es pesado.

Emma se sitúa en el centro del vestuario y mira a cada una de sus jugadoras.

—Sé lo que estáis pensando —comienza—. Estáis pensando en la presión, en lo que está en juego y en lo que pasa si perdemos.

Las jugadoras la miran con atención.

—Pero quiero que penséis en algo diferente. Quiero que penséis en por qué estamos aquí —continúa Emma—. No estamos aquí por los recortes presupuestarios o por las expectativas de la universidad. Estamos aquí porque amamos este deporte y porque hemos trabajado juntas para llegar a este momento.

Skylar da un paso adelante.

—Hace tres meses, erais un grupo de jugadoras talentosas pero descoordinadas —dice—. Hoy sois un equipo. Habéis aprendido a confiar las unas en las otras, a comunicaros y a pelear juntas.

—Chen —dice Emma, dirigiéndose directamente a Anabel—. Has pasado de ser una portera insegura a ser el corazón de nuestra defensa. Donovan, has liderado este equipo con coraje y determinación incluso lesionada.

Emma continúa, dirigiéndose a cada jugadora individualmente, recordándoles su crecimiento y sus fortalezas. Poco a poco, la tensión en el vestuario comienza a disiparse.

—Salid ahí y jugad vuestro hockey —concluye Emma—. No el de ellas, no el que creéis que esperan de vosotras. Vuestro hockey. El que habéis estado perfeccionando toda la temporada.

Kate se levanta, asumiendo su rol de capitana.

—Vamos a ganar esto —dice con convicción—. Pero si no lo hacemos, lo haremos dando todo lo que tenemos. ¿Estamos juntas en esto?

—¡Juntas! —responden las demás al unísono.

La energía en el vestuario se transforma completamente. Las jugadoras salen con una determinación que es palpable, con movimientos fluidos y coordinados.

El pabellón está lleno hasta la bandera. Alice, la mejor amiga de Emma, está en su lugar habitual cuando viene a los partidos, pero hoy está rodeada de cientos de estudiantes, profesores e incluso algunos padres que han viajado para apoyar al equipo. El ruido es ensordecedor cuando las jugadoras salen al hielo.

El partido comienza con una intensidad que roza la brutalidad. El equipo contrario ejecuta su juego con precisión milimétrica, presionando constantemente y forzando errores. Durante los primeros diez minutos, la UCM apenas toca el disco.

Anabel está teniendo que trabajar muy duro, haciendo parada tras parada mientras su defensa se adapta al ritmo del juego rival. Emma y Skylar gritan instrucciones desde el banquillo, haciendo ajustes tácticos sobre la marcha.

—¡Miller, más presión en la zona neutral! —grita Emma.

—¡Chen, comunícate más con la defensa! —añade Skylar.

Aunque tardan en hacerlo, el equipo encuentra su ritmo. Kate, a pesar de su lesión, comienza a dictar el ritmo del juego, distribuyendo pases inteligentes y creando oportunidades.

El primer gol llega a los dieciocho minutos del primer periodo. Robinson intercepta un pase en la zona defensiva y lanza un contraataque rápido. Kate recibe el disco en la línea

azul y, en lugar de intentar un tiro difícil, hace un pase perfecto a Thompson, quien está completamente libre en el lado derecho.

El disparo de Thompson es limpio y potente, colándose en la esquina superior izquierda de la portería rival. El pabellón explota en celebración.

Emma y Skylar chocan las manos con una sonrisa, sus diferencias personales temporalmente olvidadas en la euforia del momento. Esta vez, no se separan de inmediato. Sus manos permanecen unidas un segundo más de lo necesario, un pequeño reconocimiento de la conexión que nunca han perdido realmente.

Las rivales responden con rapidez, intensificando la presión. A los cinco minutos del segundo periodo, empatan con un gol en power play que deja a Anabel sin posibilidades de parada.

El partido se convierte en un tira y afloja emocional. Cada equipo tiene momentos de dominación, pero ninguno consigue establecer una ventaja definitiva. Emma nota que Kate está favoreciendo ligeramente su hombro bueno, una señal de que la lesión está comenzando a molestarle.

—¿Puedes continuar? —le pregunta durante un cambio.

—Hasta el final —responde Kate con determinación.

El tercer periodo comienza con el marcador empatado 1-1. La tensión en el pabellón es palpable; cada jugada, cada pase, cada parada de la portera es recibida con rugidos de la multitud.

A los diez minutos del período final, desastre. Kate, intentando interceptar un pase, extiende demasiado su brazo lesionado. El dolor la hace hacer una mueca visible, y su próximo pase es débil e impreciso. El equipo contrario lo intercepta y lanza un contraataque inmediato.

Anabel hace lo que puede, pero el tiro viene desde muy cerca y con demasiada potencia. 2-1 para el otro equipo.

El silencio que sigue es ensordecedor. Emma llama tiempo muerto inmediatamente.

—Kate —dice en cuanto las jugadoras llegan al banquillo—. Sales.

—No —protesta Kate—. Puedo seguir.

—Tu hombro está comprometiendo al equipo —dice Emma con firmeza—. Robins entra en tu lugar.

Es una decisión difícil, pero necesaria. Kate lo sabe, aunque le duele admitirlo. Se sienta en el banquillo con expresión frustrada mientras Robins se prepara para entrar.

Anabel patina hasta el banquillo durante la pausa.

—Kate —dice—. Confío en Robins, pero necesito que me guíes desde aquí. Que me digas lo que ves.

Es un gesto hermoso de confianza y amor. Kate asiente, entendiendo que puede contribuir de manera diferente.

Los últimos ocho minutos del partido son una batalla épica. La UCM presiona desesperadamente, mientras las otras jugadoras intentan proteger su ventaja. Anabel realiza varias paradas espectaculares para mantener el marcador desfavorable para sus rivales.

Con dos minutos restantes, Emma toma una decisión arriesgada: saca a Anabel para tener una jugadora más en ataque.

—¡Vamos! —grita Kate desde el banquillo—. ¡Ahora o nunca!

La portería vacía crea un frenesí en ambos equipos. La UCM tiene sesenta segundos para empatar o ver terminada su temporada.

Robinson toma un tiro desde la línea azul que es desviado. El disco rebota caóticamente en el área, con jugadoras de ambos equipos luchando por el control. Robins consigue tocar el disco, enviándolo hacia Thompson, quien está en el lugar perfecto.

El disparo de Thompson es perfecto, colándose en la red con solo quince segundos restantes en el reloj.

El pabellón explota. Las jugadoras se abrazan en el hielo mientras la multitud grita hasta quedarse ronca. Emma y Skylar, sin pensarlo, se abrazan en el banquillo. Es un abrazo lleno de alivio, orgullo y algo más profundo que ninguna de las dos está dispuesta a examinar en este momento.

Cuando se separan, sus rostros están muy cerca. Por un instante, el mundo se reduce a solo ellas dos, a la intensidad de lo que acaban de vivir juntas y a la realización de lo bien que funcionan como equipo.

—Emma... —comienza Skylar.

Pero antes de que pueda continuar, las jugadoras las rodean, tirando de ambas hacia la celebración en el hielo. El momento se pierde, pero la conexión permanece.

La prórroga es pura tensión. Cada toque del disco podría decidir no solo el partido, sino el futuro del programa. Anabel está de vuelta en la portería, más concentrada que nunca.

A los seis minutos de la prórroga, la magia sucede. Anabel hace una parada increíble y lanza el disco hacia la zona neutral, donde Robins lo recoge. En lugar de intentar algo complicado, Robins hace un pase simple pero perfectamente ejecutado a Thompson.

Thompson ve un hueco que nadie más ha notado y dispara desde un ángulo imposible. El disco se desliza entre las piernas de la portera rival y entra con suavidad en la red.

Esta vez, la celebración es diferente. No es solo alivio o euforia; es la realización de que han conseguido algo extraordinario juntas. Han llegado a las finales regionales.

Emma y Skylar se encuentran en medio del hielo, rodeadas por sus jugadoras que lloran y ríen al mismo tiempo. Esta vez, cuando se abrazan, es sin reservas, sin pensamiento calculado. Es pura alegría compartida.

Y cuando se separan y sus miradas se encuentran, ambas saben que algo importante ha cambiado entre ellas.

Capítulo 18

La euforia de la victoria en semifinales se ha asentado en algo más profundo: la realización de que están a un paso de algo histórico. Las finales regionales se jugarán en tres días, y por primera vez en la historia del programa de hockey femenino de la UCM, tienen una oportunidad real de ganar.

Emma llega temprano al pabellón, como siempre, pero hoy encuentra a Skylar ya allí, no revisando equipo ni preparando ejercicios, sino simplemente sentada en las gradas, mirando el hielo vacío con una expresión pensativa.

—¿No has dormido? —pregunta Emma, acercándose con dos cafés.

—Un poco —responde Skylar, aceptando el café con una sonrisa agradecida—. Tú tampoco, por las ojeras.

Emma se sienta junto a ella, manteniendo una distancia prudencial pero más pequeña que en semanas anteriores.

—¿En qué piensas? —pregunta Emma.

—En todo —responde Skylar con sinceridad—. En las finales, en el equipo, en nosotras... en lo que va a pasar después de todo esto.

Es la primera vez que mencionan directamente el "después" desde su conversación durante la tormenta. Emma siente una familiar presión en el pecho.

—Skylar... —comienza.

—Lo sé —la interrumpe Skylar con suavidad—. Dijimos que hablaríamos cuando terminara la temporada. Pero la temporada está a punto de terminar, Emma, y me aterra no saber qué va a pasar.

Emma observa el rostro de Skylar, viendo la vulnerabilidad que raramente muestra.

—¿Qué quieres que pase? —pregunta directamente.

—Quiero una segunda oportunidad —responde Skylar sin dudar—. Quiero la oportunidad de demostrarte que he cambiado, que esta vez no voy a huir. Quiero intentar construir algo real contigo.

Las palabras flotan entre ellas, cargadas de esperanza y miedo a partes iguales.

—¿Y si no funciona? —pregunta Emma—. ¿Y si descubrimos que solo funcionamos bien en crisis, cuando hay presión externa?

—¿Y si sí funciona? —responde Skylar—. ¿Y si descubrimos que somos incluso mejores juntas cuando no tenemos que escondernos?

Emma siente que le escuecen los ojos. Hace ocho años soñó con esta conversación cada día, hasta que Skylar desapareció. Ahora que está aquí, pidiendo resarcirse, le resulta abrumador.

—Tengo miedo —admite Emma—. Miedo de volver a enamorarme completamente de ti solo para que te asustes otra vez.

Skylar se gira para mirarla de frente.

—Emma, ya estás enamorada de mí —dice con suavidad—. Lo has estado toda esta temporada. Y yo estoy enamorada de ti. La pregunta no es si nos amamos; la pregunta es si vamos a ser lo suficientemente valientes para intentarlo. Sé que te hice mucho daño hace tiempo, pero ya te he pedido perdón, ahora solo puedo compensarte con hechos que estoy aquí para quedarme.

Emma cierra los ojos, sintiendo cómo su resistencia comienza a desmoronarse.

—Después de las finales —dice finalmente—. Ganemos o perdamos, después de las finales, intentémoslo. De verdad esta vez.

Skylar siente como si pudiera volar. Una sonrisa enorme se extiende por su rostro.

—¿En serio?

—En serio —confirma Emma.

El momento se ve interrumpido por el sonido de las puertas del pabellón abriéndose. Kate y Anabel entran juntas, hablando en voz baja y riéndose de algo. Cuando ven a las entrenadoras en las gradas, se acercan.

—Buenos días, entrenadoras —saluda Kate—. ¿Reunión táctica matutina?

—Algo así —responde Emma, levantándose—. ¿Cómo está el hombro?

Kate hace algunos movimientos de prueba.

—Mejor. El fisioterapeuta dice que estaré al cien por cien para las finales.

—Perfecto —dice Skylar—. Porque os vamos a necesitar a todas en perfectas condiciones.

Anabel, que ha estado observando a las entrenadoras con atención, sonríe.

—Se ven más relajadas hoy —comenta—. Es bueno ver que han resuelto... sus diferencias profesionales.

Emma y Skylar intercambian una mirada, ambas entendiendo que Anabel sabe exactamente de qué tipo de "diferencias profesionales" está hablando.

El entrenamiento de ese día es el mejor de la temporada. Hay una energía diferente en el equipo, una confianza que viene de saber que han superado lo más difícil. Emma y Skylar trabajan juntas con una fluidez que recuerda a sus mejores días en Boston, anticipando las necesidades de la otra y creando ejercicios que sacan lo mejor de cada jugadora.

Durante un descanso, Kate se acerca a Anabel en la portería.

—¿Nerviosa por las finales? —pregunta.

—Aterrorizada —admite Anabel—. Pero también emocionada. ¿Y tú?

—Lo mismo —responde Kate—. Pero ¿sabes qué? Independientemente de lo que pase, estoy orgullosa de lo que hemos conseguido. Como equipo y como... nosotras.

Kate señala discretamente hacia Emma y Skylar, que están explicando una jugada a un grupo de defensas con perfecta

coordinación.

—Parece que todas hemos encontrado nuestro lugar este año —dice Kate.

—Sí —asiente Anabel, observando a las entrenadoras—. Parece que sí.

Esa noche, Emma está en su apartamento revisando vídeos del equipo rival para las finales cuando suena el timbre. Al abrir, encuentra a Skylar con una bolsa de comida china.

—Pensé que podrías tener hambre —dice—. Y que podríamos revisar las estrategias juntas. Como en los viejos tiempos.

Emma duda por un momento, pero luego se hace a un lado para dejarla entrar.

Se sientan en el sofá de Emma, con los vídeos en la televisión y las cajas de comida china entre ellas. Es cómodo y natural de una manera que ninguna de las dos había esperado.

—Su portera tiene un punto débil en la esquina inferior derecha —observa Skylar, señalando la pantalla—. Robinson podría aprovechar eso.

—He visto lo mismo —asiente Emma—. Pero necesitamos crear la oportunidad correcta.

Hablan de estrategias durante horas, pero poco a poco la conversación deriva hacia temas más personales. Skylar cuenta historias de sus años en Europa, de partidos memorables y ciudades hermosas, pero también de la soledad constante que la acompañó.

—¿Nunca pensaste en volver antes? —pregunta Emma.

—Cada día —responde Skylar—. Pero no sabía cómo. No sabía si tú... si me perdonarías alguna vez.

—Te habría perdonado hace años si me hubieras dado la oportunidad —dice Emma suspirando.

Skylar la mira con sorpresa.

—¿En serio?

—En serio. Estaba herida, sí, pero también te entendía más de lo que quería admitir. Conocía a tu familia, sabía la presión que sentías. Si hubieras venido a explicármelo entonces...

—Fui una cobarde —dice Skylar—. Tenía veintiséis años y estaba aterrorizada de lo que sentía por ti.

—Y ahora tienes treinta y cuatro —observa Emma—. ¿Sigues aterrorizada?

Skylar considera la pregunta.

—Sí —admite—. Pero ahora tengo más miedo de perderte otra vez que de admitir lo que siento.

Emma siente que su corazón se acelera. La honestidad de Skylar es desarmadora.

—Skylar... —comienza.

—Lo sé —dice Skylar con rapidez—. Después de las finales. Lo prometo. Solo quería que supieras que esta vez es diferente. Yo soy diferente.

Emma asiente, creyéndola a pesar de todos sus miedos.

Capítulo 19

El día de las finales regionales amanece perfecto: cielo despejado, temperatura fría pero no extrema, y una energía en el aire que parece cargar cada molécula de expectación. El pabellón de la UCM nunca había visto tanta actividad; los aparcamientos están llenos desde las diez de la mañana para un partido que no comienza hasta las siete de la tarde.

Emma llega al pabellón a mediodía y encuentra que ya hay una multitud de estudiantes acampando fuera. La presión de la situación le golpea con fuerza renovada: no solo están jugando por un campeonato, sino por la supervivencia del programa.

Skylar está en el vestuario cuando Emma entra, organizando el equipo de cada jugadora. Es su ritual de nervios, Emma lo recuerda de Boston.

—¿Cómo están las chicas? —pregunta Emma.

—Nerviosas, pero concentradas —responde Skylar—. Kate ha estado haciendo ejercicios de calentamiento desde las diez. Su hombro parece estar perfecto.

—¿Y Anabel?

—Sorprendentemente calmada. Ha encontrado una zona de concentración que impresiona.

Emma asiente, sintiéndose orgullosa de la madurez que han mostrado sus jugadoras durante toda la temporada.

Las Eastern Conference Titans, el equipo rival, llegan a las tres. Son el equipo más dominante de la región en los últimos cinco años, con tres campeonatos consecutivos. Su entrenadora, Margaret Stone, es una leyenda del hockey femenino con más de veinte años de experiencia.

—Stone está hablando con los medios —informa Alice, que ha estado haciendo reconocimiento—. Dice que respeta a

nuestro equipo pero que esperan una victoria convincente.

—Perfecto —dice Emma—. Que subestimen lo que somos capaces de hacer.

A las cinco, Emma reúne al equipo para la charla final. Las jugadoras están en silencio, cada una procesando la magnitud del momento a su manera.

—Hace cuatro meses —comienza Emma—, éramos un equipo con potencial pero sin identidad. Hoy somos algo diferente. Somos una familia.

Mira a cada rostro en la habitación.

—Chen, has evolucionado de portera insegura a pilar fundamental de nuestra defensa. Donovan, has liderado este equipo con coraje y determinación. Robinson, Thompson, Miller... cada una de vosotras ha crecido de maneras que ni siquiera sabíais que eran posibles.

Skylar da un paso adelante.

—Lo que hagáis ahí fuera esta noche no solo determinará si ganamos un campeonato —dice—. Determinará qué tipo de personas sois bajo presión extrema. Y ya os conozco lo suficiente para saber que sois el tipo de personas que se crecen cuando más se les necesita.

Kate se levanta, asumiendo su rol de capitana.

—Independientemente de lo que pase esta noche, ya hemos ganado —dice—. Hemos demostrado que pertenecemos aquí. Hemos demostrado que merecemos respeto. Ahora salgamos y demostremos que merecemos el campeonato.

El rugido que responde es ensordecedor. El pabellón está absolutamente abarrotado cuando los equipos salen para el calentamiento. Emma estima que hay más de tres mil personas, el doble de la capacidad oficial. Incluso los pasillos están llenos de gente de pie.

Sullivan aparece en el banquillo justo antes del partido.

—Matthews, Jenkins —dice—. Quería desearos suerte personalmente. Independientemente del resultado esta noche, habéis hecho algo extraordinario con este programa.

Es lo más cercano a una disculpa que van a recibir de él, y Emma lo acepta con un asentimiento.

El partido comienza con una intensidad que supera incluso las semifinales. Las Titans salen con la confianza de un equipo que ha estado en esta posición varias veces. Durante los primeros diez minutos, la UCM apenas toca el disco. Anabel está siendo bombardeada con tiros desde todos los ángulos, pero responde con una serenidad que desmiente sus veintidós años.

—¡Mantened la calma! —grita Emma desde el banquillo—. ¡Dejad que vengan a vosotras!

Es una estrategia arriesgada, pero Emma sabe que las Titans están acostumbradas a dominar desde el primer minuto. Si pueden frustrar sus intentos iniciales, comenzarán a forzar jugadas.

La estrategia funciona. A los quince minutos, las Titans comienzan a tomar riesgos innecesarios. Kate intercepta un pase en la zona neutral y lanza el primer contraataque serio de la UCM. El pase de Kate a Thompson es perfecto, pero el tiro se estrella en el poste. El rebote queda suelto y Robinson aparece como una bala para empujarlo hacia la red.

1-0 para la UCM.

El pabellón explota con una ferocidad que hace temblar las estructuras. Emma y Skylar se abrazan instintivamente, y esta vez ninguna se separa de inmediato. Hay algo diferente en este abrazo, una certeza que no había estado presente antes.

Las Titans responden, pero ahora es diferente. La presión está en ellas para empatar, y la UCM puede jugar su juego favorito: contraataques rápidos y defensa sólida.

El segundo período es una masterclass de hockey táctico. Ambos equipos ejecutan sus jugadas con precisión, pero ninguno consigue crear oportunidades claras. Anabel continúa su actuación estelar, mientras que, en el otro extremo, Kate y sus compañeras frustran cada intento de las Titans.

—Están comenzando a agobiarse —observa Skylar durante un tiempo muerto—. Su número 9 está tomando penalizaciones menores por frustración.

Emma asiente. Ha notado lo mismo.

—En el próximo power play, ejecutamos la jugada Michigan —decide—. Es el momento perfecto.

La jugada Michigan es algo que han estado perfeccionando en secreto durante semanas: una combinación compleja que requiere coordinación perfecta entre Kate, Thompson y Robinson. Es arriesgada, pero si funciona, es prácticamente imposible de defender.

La oportunidad llega a los ocho minutos del tercer período. Una de las jugadoras de las Titans comete una penalización clara, y la UCM tiene dos minutos de power play.

Kate recibe el disco en la zona neutral y comienza la secuencia. Pasa a Thompson, quien inmediatamente devuelve el pase mientras Kate continúa moviéndose. Robinson aparece desde el lado ciego, recibe un pase perfecto de Kate, y tiene un segundo de espacio libre.

Su tiro es impecable, colándose en la esquina superior derecha de la portería.

2-0 para la UCM.

Esta vez, la celebración es diferente. No es solo euforia; es la constatación de que realmente pueden ganar esto. Emma y Skylar se miran desde el banquillo, ambas viendo la misma incredulidad y alegría reflejadas en los ojos de la otra.

Los últimos diez minutos del partido son una agonía de tensión. Las Titans presionan desesperadamente, sacando a su portera con tres minutos restantes para tener una jugadora más en ataque. Anabel está siendo sometida a un asedio constante. Parada tras parada, cada una más espectacular que la anterior. Con un minuto restante, hace una extensión imposible para desviar un tiro que parecía gol seguro.

Cuando la bocina final suena, hay un momento de silencio absoluto, como si nadie pudiera creer lo que acaba de ocurrir. Luego, el pabellón explota en una celebración que se puede escuchar a kilómetros de distancia. Las jugadoras se lanzan sobre Anabel, abrazándola y gritando. Kate aparece entre la multitud y besa a Anabel delante de tres mil personas, sin

importarle nada más que celebrar la victoria con la mujer que ama.

Emma y Skylar se encuentran en medio del hielo, rodeadas por la celebración más grande en la historia del programa. Cuando se abrazan esta vez, es con la comprensión de que han conseguido algo extraordinario juntas.

—Lo hicimos —susurra Skylar contra su oído—. Realmente lo hicimos.

—Sí —responde Emma—. Lo hicimos.

Y cuando se separan, sus rostros muy cerca en medio del caos que las rodea, ambas saben que están hablando de algo más que el campeonato. Están hablando de haber encontrado su camino de vuelta la una hacia la otra.

La ceremonia de premiación es surrealista. Emma y Skylar sostienen el trofeo juntas mientras los fotógrafos capturan el momento. Sus jugadoras las rodean, todas llorando de alegría e incredulidad.

Sullivan aparece para felicitarlas personalmente, confirmando que el programa no solo continuará, sino que recibirá financiación adicional para la próxima temporada.

Pero todo eso se siente secundario para Emma. Lo que importa es la mujer a su lado, que la ha ayudado a conseguir esto, y la promesa de conversaciones importantes que finalmente pueden tener sin la presión de la temporada colgando sobre ellas.

Epílogo

Seis meses después.

El verano ha transformado el campus de la UCM en un oasis verde y tranquilo, muy diferente al ambiente cargado de tensión que lo caracterizó los meses de competición. Emma camina por el sendero familiar hacia el pabellón de hockey, pero hoy no lleva su habitual expresión de concentración profesional. Hoy sonríe.

El programa de hockey femenino no solo ha sido renovado, sino que ha recibido la mayor inversión en su historia. Hay nuevos equipos, instalaciones mejoradas, y lo más importante, respeto. El campeonato regional lo cambió todo: la percepción pública, el apoyo institucional, y el futuro del programa.

Pero para Emma, el cambio más significativo es mucho más personal.

—¿Llegó tarde? —pregunta Skylar, apareciendo por detrás con dos cafés helados.

—Puntual, como siempre —responde Emma, aceptando el café con una sonrisa que sigue sintiéndose nueva después de todos estos meses.

Skylar ha decidido quedarse de forma permanente. Después de largas conversaciones sobre el futuro, tanto personal como profesional, aceptó el puesto de entrenadora principal del nuevo programa de desarrollo juvenil de la universidad. Emma continúa como entrenadora del equipo principal, pero ahora trabajan oficialmente como socias en la construcción de algo que podría convertirse en una dinastía del hockey femenino universitario.

Entran juntas al pabellón, donde las esperan para una reunión con las nuevas reclutas. Es emocionante ver el nivel de talento que ahora quiere venir a la UCM, atraído tanto por el

éxito del programa como por la reputación que Emma y Skylar han construido como equipo de entrenadoras.

Pero antes de que comience la reunión, tienen unos minutos para ellas.

—¿Sabes qué día es hoy? —pregunta Skylar, apoyándose contra la barandilla de las gradas.

Emma finge pensarlo.

—¿Martes?

—Muy graciosa —dice Skylar—. Hace exactamente seis meses que ganamos el campeonato regional.

—Y hace exactamente cinco meses y veintinueve días que oficialmente comenzamos esto que hay entre tú y yo —añade Emma, señalando el espacio entre ellas.

Ha sido un proceso lento y cuidadoso. Después del campeonato, se tomaron tiempo para hablar sobre el pasado, sobre sus miedos y sobre lo que querían construir juntas. No se apresuraron a nada físico o romántico hasta estar seguras de que los cimientos emocionales eran sólidos.

La primera vez que se besaron "oficialmente" fue tres semanas después del campeonato, en este mismo pabellón, después de una larga conversación sobre el perdón y las segundas oportunidades. Fue diferente a todos sus besos anteriores: no nacido de la desesperación o la pasión reprimida, sino de una decisión consciente de construir algo juntas.

—¿Te arrepientes de algo? —pregunta Skylar, aunque ya conoce la respuesta.

—Solo de los ocho años que perdimos —responde Emma—. Pero supongo que necesitábamos ese tiempo para convertirnos en las personas que somos ahora.

Skylar asiente. Sus meses juntas han sido reveladores en formas que ninguna esperaba. No solo han redescubierto su compatibilidad romántica, sino que han desarrollado una sociedad profesional que supera incluso sus mejores días en Boston. Se desafían mutuamente, se complementan, y han creado un ambiente de trabajo que saca lo mejor de ambas.

—Las chicas llegan en cinco minutos —dice Emma, revisando su reloj.

—Las nuevas reclutas van a quedar impresionadas cuando vean a Kate y Anabel —comenta Skylar—. Siguen siendo nuestras mejores embajadoras.

Kate y Anabel han florecido tanto individualmente como pareja durante el verano. Kate ha sido seleccionada para el equipo nacional juvenil, mientras que Anabel ha estado entrenando con el equipo olímpico durante sus prácticas de verano. Su relación se ha convertido en algo bonito de observar: madura, estable y llena de apoyo mutuo.

Las puertas del pabellón se abren y comienzan a llegar las nuevas jugadoras. Emma y Skylar intercambian una mirada, transformándose automáticamente en modo profesional, pero con una diferencia importante: ya no tienen que esconder la conexión entre ellas.

La reunión transcurre a la perfección. Las nuevas reclutas están claramente impresionadas por las instalaciones, por los planes de desarrollo del programa, y por la química evidente entre las entrenadoras. Cuando Kate y Anabel aparecen para hablar sobre su experiencia en el programa, el efecto es inmediato: estas jugadoras quieren ser parte de algo especial.

Después de que las reclutas se marchen, Emma, Skylar, Kate y Anabel se quedan en el pabellón para finalizar algunos detalles administrativos.

—¿Qué planes tenéis para esta noche? —pregunta Kate, guardando algunos documentos.

—Cena tranquila en casa —responde Skylar—. ¿Vosotras?

—Lo mismo —dice Anabel—. Aunque Kate ha estado muy misteriosa sobre el restaurante que ha elegido.

Kate sonríe con complicidad, pero no revela nada más.

Una hora después, Emma y Skylar están sentadas en la terraza del apartamento que ahora comparten, viendo el atardecer mientras disfrutan de una cena casera. Es una vida que ninguna de las dos se había atrevido a imaginar hace un año: simple, feliz, y completamente propia.

—¿Sabes lo que más me gusta de esto? —dice Emma, señalando a su alrededor.

—¿Qué?

—Que es real. No estamos escondiéndonos, no estamos luchando contra circunstancias externas, no hay drama. Solo somos nosotras, construyendo algo juntas.

Skylar sonríe, cogiendo la mano de Emma por encima de la mesa.

—A mí también me gusta. Y te quiero.

—Y yo te quiero a ti —responde Emma, aunque las palabras siguen enviando un pequeño escalofrío de felicidad por su columna vertebral cada vez que las dice.

Sus teléfonos suenan simultáneamente con un mensaje de texto. Es Kate, enviando una foto desde lo que obviamente es un restaurante muy elegante. En la imagen, Anabel está sosteniendo su mano izquierda hacia la cámara, mostrando un anillo de compromiso que brilla incluso en la foto.

El mensaje dice: "¡Dijo que sí! ¡Doble cita de celebración mañana por la noche!"

Emma y Skylar se miran, ambas sintiendo una alegría inmensa por sus jugadoras convertidas en amigas.

—Supongo que tenemos una boda que planificar —dice Skylar.

—Supongo que sí —responde Emma—. ¿Crees que es demasiado pronto para preguntarles si necesitan damas de honor?

Skylar se ríe, pero luego su expresión se vuelve más seria.

—Emma, ¿alguna vez piensas en eso? ¿En el matrimonio, me refiero?

Emma considera la pregunta. Hace un año, la idea del matrimonio le parecía lejana e improbable. Ahora, mirando a la mujer con la que comparte su vida, se siente como algo natural e inevitable.

—Sí —responde con sinceridad—. ¿Tú?

—Cada día —admite Skylar—. Pero no hay prisa. Tenemos tiempo para todo.

—Tenemos toda la vida —corrige Emma.

Mientras el sol se pone sobre el campus de la UCM, pintando el cielo de naranjas y rosas, Emma y Skylar permanecen en su terraza, planeando el futuro y disfrutando del presente. Han recorrido un largo camino desde aquel primer reencuentro tenso en la pista de hielo. Han superado años de dolor, miedo y malentendidos para encontrar algo que es aún mejor de lo que habían imaginado cuando eran jóvenes.

El hockey les dio una segunda oportunidad. Pero lo que han construido juntas va mucho más allá del deporte. Es una vida, un hogar, un futuro que han elegido crear juntas.

Y mientras planifican la celebración de compromiso de Kate y Anabel, ambas saben que están construyendo hacia su propia celebración futura. No hay prisa, no hay presión. Solo la certeza tranquila de que han encontrado su lugar la una en la otra, y que esta vez, es para siempre.

El hielo puede derretirse, las temporadas pueden terminar, los campeonatos pueden ganarse o perderse. Pero lo que Emma y Skylar han encontrado juntas es algo que trasciende todo eso: un amor que ha sobrevivido al tiempo, a la distancia, y a sus propios miedos para emerger más fuerte que nunca.